

Novelas Katharsis



Carlos
Almira
Picazo

“EL JARDÍN DE LOS BETHENCOURT”



Primer Premio del «I Concurso de Novela Corta Katharsis»
| Serie Lecturas Premiadas

«EL JARDÍN DE LOS BETHENCOURT»

Carlos Almira Picazo



Novelas Katharsis

Esta novela fue premiada con el Primer Premio del

«I Concurso de Novela Corta Katharsis»

A mi padre.

EL JARDÍN DE LOS BETHENCOURT.

*Entonces del cuerpo escapado al tiempo
No quedará más que polvo sin nombre
Dispersándose en el viento de la Eternidad
Bloem*

I

Arón abrió los ojos, miró al techo y se volvió hacia la pared. Sintió náuseas, pero no se levantó. Faltaban unos minutos para las diez. La casa estaba en completo silencio.

La enfermedad del padre había alterado el ritmo de vida de la familia: las comidas, el sueño, las salidas... Arón se hubiese sorprendido del bullicio de las calles, de las tiendas, de los automóviles, en contraste con aquellas habitaciones. Había que aguzar el oído para percibir algún signo de vida en la casa.

Arón acababa de cerrar los ojos cuando sonó el timbre. Volvió a sonar pocos segundos después. Entonces se levantó a regañadientes y salió al pasillo. Descolgó el auricular y abrió, mientras encendía un cigarrillo con sensación de asco. Una nube azul, sucia, empañó el aire.

El cartero le entregó una carta certificada a su nombre.

Firmó, la recogió y se dispuso a hacerse café. A los pocos minutos la cafetera empezó a silbar esparciendo un agradable olor a madera quemada. Calentó un poco de leche y se sirvió en un vaso sucio de la noche anterior.

En la pantalla del televisor aparecieron los dibujos animados, el hombre del tiempo, María Elena... A Arón no se le ocurrió descorrer la cortina para mirar las montañas apelmazadas contra el horizonte.

La casa estaba orientada al mar. Por encima de la escuela podían verse los barcos, las grúas y la refinería: a la izquierda, las montañas descendían hacia la playa de las Teresitas; a la derecha, la carretera del sur entraba en Santa Cruz. Antes de subir hacia la Laguna, entre una maraña de azoteas y tejados, la carretera se estrechaba perdiéndose entre los edificios. De vez en cuando cruzaba el cielo una bandada de palomas.

Entonces un gemido llamó la atención de Arón. Cuando abrió la puerta de la calle el perro se arrastró pesadamente tratando de pegarse a sus pies. Mientras lo encerraba miró sin querer hacia la ciudad. Hubiese disparado a aquellas palomas aunque estaban demasiado lejos.

Recordó que no tenía suficiente gasolina para bajar a Santa Cruz y apartó al perro de un puntapié. Cuando el tropel de niños invadió el patio del colegio y el perro empezó a ladrarles, Arón le propinó una patada y de pronto comenzó a descargar su rabia sobre él: los ladridos se convirtieron en aullidos; el lomo, salpicado de mordeduras, se encogió; y los ojos se le desorbitaron.

Una mujer que pasaba por la calle se detuvo y lo miró haciéndose pantalla con la mano libre. El sol le daba en la cara, tratando de deshacer la niebla sucia de la ciudad.

El padre llevaba ya un buen rato despierto. Sus ojos inexpresivos giraron en la oscuridad. Al menos podía mover los ojos. Al oír al perro sonrió y balbuceó: “perro”. Su mujer se movió pesadamente a su lado, y su respiración se hizo menos pausada, como si saliera de una bañera. “¿Qué?”. Pensó que querría ir al baño.

Examinó su rostro hinchado por la cortisona a la luz de la lámpara. Las sombras de sus pupilas se aclararon y huyeron.

“¿Qué quieres, Paco?”.

Nada. Lo pensó pero no lo dijo.

La mujer apagó la luz. Entonces los ladridos se convirtieron en un aullido, en un quejido lastimero.

“Perro”, repitió. Esta vez su mujer no lo oyó. Su respiración se había vuelto tranquila y profunda de nuevo.

Mucho antes el padre había escuchado la cafetera, el timbre, la puerta del ascensor, voces. El canario moteado revoloteaba como el mecanismo de un reloj. Alguien abrió el balcón y súbitamente entró el rumor de la calle: gritos de niños, ¿o sería un sueño?, justo antes de que el perro empezara a ladrar.

Pensó que acababa de acostarse y que escuchaba los ruidos del anochecer. Pero los gritos de los niños no encajaban, ni tampoco la cafetera...

La puerta de la calle se abrió y alguien salió sigilosamente. El padre esperó un instante, pero el tráfuga no llamó al ascensor sino que se deslizó directamente hacia las escaleras.

Arón aún era alto, algo cargado de hombros, las piernas flacas y abundantes entradas en el pelo. Vestía de negro desde los tiempos del Instituto, cuando estaban de moda los Sex Pistols y los submarinos de menta con tequila. Sólo había leído con gusto en su vida dos libros: *Moby Dick* y *La Naranja Mecánica*. Fumaba desde los doce años o desde antes. El único hábito normal que había conseguido adquirir era afeitarse puntualmente todas las mañanas. Odiaba las corbatas, los convencionalismos y a la policía. Nunca había tenido muchos amigos: prefería las actividades solitarias, a ser posible, manuales. Sus manos eran una de las pocas cosas del mundo en que confiaba.

El padre tenía muchas esperanzas puestas en él. Desde su enfermedad se habían vuelto inseparables. Iban juntos a todas partes, casi siempre en silencio. Era ya una de sus pocas alegrías.

Una mañana, dos meses atrás, el padre sufrió una crisis mientras paseaban por la dársena vieja. De pronto las manos le empezaron a temblar como a un epiléptico. Estaban solos. Arón intentó cubrirlo con su chaqueta pero él se revolvió rechazándolo con violencia. Las palabras le salían a borbotones, increpándolo. Al revolverse la silla resbaló hacia delante. Arón la sujetó justo a tiempo. Por suerte en ese momento vieron la escena dos pescadores y entre los tres lograron inmovilizarlo.

Nunca le dijeron que le estaban suministrando morfina y él sólo sintió que cada vez tenía más sueño, pero que era como si estuviese despierto en medio de sus visiones. Al principio las dosis eran tan pequeñas que no se dio cuenta del cambio, aquella soñolencia que empezaba a invadirlo. Muchas veces se despertaba en medio de un paseo, en un jardín, sin saber cómo había llegado hasta allí ni dónde estaba hasta que Arón se asomaba desde su espalda y lo tranquilizaba. Sus recuerdos le resultaban más reales.

Paco se hizo la ilusión de que Arón trabajaba en un taller. Cuando se lo encontraba por la mañana en el comedor se figuraba que era domingo o que le habían dado permiso para visitarle. Cuando bajaba a la farmacia lo despedía hasta la hora de comer, y si al cabo de unos minutos estaba de vuelta con sus medicinas pensaba que ya habían pasado tres o cuatro horas. Al principio Arón trató de sacarlo de su error pero él lo escuchaba imperturbable, como si le estuviese hablando de otra persona: “¿no tienes que volver ya al taller?, vas a llegar tarde”, así zanjaba la cuestión.

Arón cada vez aguantaba menos aquellas fantasías y le pidió a su madre que hablara con él, pero Concha tampoco pudo convencerlo de que estaba equivocado. “Déjalo que piense lo que quiera si así es más feliz”, le dijo, “no le hace daño a nadie con eso”. “Pues a mí sí me molesta”, replicó Arón. “¿A ti?”.

Un día estaban repostando en una gasolinera. De pronto Paco se asomó por la ventanilla y dijo: “¿qué, está contento con el chico?”. El hombre lo miró atónito: “¿qué?”. “Que si está contento con el

muchacho. Yo soy su padre”. Anécdotas e incidentes como éste eran cada vez más frecuentes.

No contento con pensar que su hijo trabajaba en un taller, Paco fue engrosando aún más su fantasía: se le ocurrió que por las tardes y en sus días libres Arón trabajaba soldando barcos en el puerto y que además se estaba sacando el bachillerato nocturno. Reventaba de orgullo y satisfacción. Decía que los libros de Eusebio, su hijo pequeño, eran los de Arón y que estaban arreglando un barco ruso que iban a desguazar. “Pero no tiene sentido”, le contradecía suavemente Concha: “si lo van a desguazar, ¿para qué quieren arreglarlo?”. “Tú no entiendes de esas cosas, cállate”.

Llegó un momento en que a Arón aquello se le hizo insoportable. Un día no pudo contenerse más y le dio un empujón. Dos gruesas lágrimas asomaron a los ojos del viejo. Paco no volvió a hablarle más de su trabajo ni de sus estudios, pero en su fuero interno siguió creyendo en ellos con una fe inquebrantable.

Además las dosis de morfina ya eran considerables. La soñolencia ligera y esporádica de los primeros días se había convertido en un estado casi permanente de sueño más profundo. Sus frases eran cada vez más cortas e inconexas hasta que finalmente quedaron reducidas a monosílabos aislados.

Sus recuerdos seguían teniendo orden y lógica y eran más lúcidos y nítidos cuanto más remotos. Ahora le gustaba sentarse en el balcón y sentir al perro, caliente, enroscado a sus pies. Llegó a la conclusión de

que el animal lo comprendía y se comunicaba con él: “perro”, balbuceaba, “tren”, “niño”, “viento”...

“Vas a coger frío”, le decía suavemente Concha, “voy a entrarte ya”.

“Frío”, repetía.

Ya no podía leer, por la cortisona y por la morfina, así que le pedía e Eusebio que lo hiciera por él en voz alta: “libro”. Eusebio abría el libro al azar, se aclaraba la voz, carraspeaba y empezaba a leer:

“Esta noche el mar está en calma.

Es pleamar, y la luna hermosa descansa

Sobre el estrecho; en la costa francesa la luz

Fulgura y se va; los acantilados de Inglaterra de pie,

Vastos y relucientes, más allá de la bahía pacífica...”

Un día Arón lo llevó por otro camino. Aunque Paco estaba medio dormido, enseguida se dio cuenta de que no era la misma carretera: vio la cruz de piedra y la fila de casas descoloridas. Había mucha gente. Arón paró el coche y le ató el cinturón de seguridad: “espera aquí”. No había pasado un minuto desde que se fuera cuando se le acercó una mujer de edad indefinida, vestida de colorines: “hola”, le dijo; “hola”, le respondió él; “¿qué quieres hacer?”. Paco titubeó: “hacer”. La mujer lo miró con gesto de desprecio. Toda aquella gente era muy rara: deambulaba como si el descampado fuera una habitación de paredes invisibles. Además había otros coches aparcados de los que salía a todo volumen una música monótona. Quizás estaban esperando el autobús.

II

Arón se detuvo junto al coche. Lo examinó. Comprobó que, efectivamente, el depósito estaba vacío. Barajó rápidamente las posibilidades: podía llevarlo hasta la gasolinera o bajar andando hasta la Cuesta de Piedra. Estaba bajo de batería pero arrancaría. En la primera curva pensó que se le paraba, metió segunda, comprobó los frenos y lo dejó caer en punto muerto. Esperó que tomase velocidad antes de frenarlo, y mientras sujetaba el volante rebuscó bajo su asiento. Una bolita plateada destelló en su mano. Chocolate. Sonrió. Entonces encendió el motor que lanzó un ruido sordo y tembloroso. Conectó la radio y una voz cantó:

“A wan tu be free,
a wan tu be free, be free, be free...”

Eran casi las once cuando dejó a su derecha la Cruz de Piedra y cruzó la fila de casas descoloridas. Le extraño no ver a nadie en la calle, ni putas, ni yonkis, ni chaperos, nada. De pronto se dio cuenta de que había una redada, sacó los dos paquetitos de chocolate de su bolsillo y los arrojó con fuerza por la ventanilla a un descampado.

El policía secreta que estaba de espaldas se volvió al oírlo llegar. Dentro de la casa resonaban apagadas voces y ruidos de disputa.

Arón tuvo suerte. Antes de llegar a la altura donde estaba el policía alguien lo llamó desde el portal. Pasó frente a él sin detenerse pero sin acelerar.

También doña Concha se despertó. Volvió a encender la luz y examinó a su marido. Aún le dolía la espalda. Se había levantado media docena de veces en la noche para arrastrarlo al baño. Se incorporó, abrió el cajoncito de las medicinas, buscó el agua y le levantó maquinalmente la cabeza. Entonces sus ojos se volvieron hacia ella, frunció los labios y cerró la boca con fuerza. “Si no te las tomas echo al perro”, le amenazó. Él la miró aterrorizado y abrió un poco la boca con asco.

Concha siempre tropezaba con algo en el pasillo. Al llegar a la habitación de Arón se asomó y al ver que no estaba sintió escalofríos. Las sábanas estaban revueltas y la persiana bajada. A continuación examinó la habitación de Eusebio, perfectamente ordenada.

Todas las mañanas, antes de irse al Instituto, Eusebio entraba a darle un beso a sus padres y a pedirles dinero para el autobús. El perro le acompañaba trotando hasta la parada, donde desaparecía.

Su padre le apretaba la mano y le daba un beso como si quisiera decirle algo al oído. Le hacía cosquillas en la cara con la barba, y su mirada se iluminaba como hacía mucho tiempo, cuando aún era feliz. Pero Eusebio apenas percibía su sombra. Nunca encendía la luz. Cuando le daban el dinero cerraba con cuidado la puerta y se iba.

Concha recordó a Eusebio aquella mañana, antes de las ocho, tan esbelto y aseado con su cartera de escolar.

A las siete había sonado el despertador. Eusebio se incorporó y miró hacia la ventana. Aún era de noche. No obstante en unos minutos empezarían a oírse los gorriones. Trató de recordar lo que había soñado mientras se vestía con una rapidez temblorosa. Ordenó los libros que necesitaba en su bolsa, se enjuagó la boca, se peinó y salió al pasillo envuelto en tinieblas.

Punky comenzó a arañar en la persiana. Al abrirla Eusebio, corrió directamente a la cocina.

Mientras desayunaba repasando sus apuntes, recordó el firme propósito que se había hecho de pedirle el teléfono aquella mañana a cierta persona, aunque sabía que su firmeza se convertiría en timidez en cuanto la viera.

“¡Toma Punky!”, gritó.

El perro saltó hasta la galleta a más de un metro del suelo.

No era la primera vez que fracasaba en aquella tentativa. Por minuciosamente que lo planeaba siempre ocurría algo en el último momento que lo echaba todo por tierra. Aún recordaba el bochorno y el ridículo que había hecho el curso anterior cuando se declaró a Teresita. Entonces se prometió que nadie volvería a hacerle pasar por aquello. Y sin embargo allí estaba otra vez, dispuesto a repetir.

Ahora el perro lo miraba fijamente, alerta al más mínimo movimiento de su mano.

El sol acababa de salir por el mar.

Antes de que Eusebio abriera la puerta y atravesara el pasillo abarrotado de trastos, libros, muebles en desuso y ropa sucia,

procurando no tropezar, con su mochila al hombro, Paco ya estaba esperándolo. El sueño pesado y profundo que lo mantenía encadenado casi todo el día se le aligeraba en la noche. Los ruidos y los olores, las formas y el ritmo del tiempo de la noche no son como durante el día; noche y día son dos mundos diferentes. Aquella mañana Paco también oyó sus pasos, y sus dedos se encrespaban entre las sábanas y la expresión se le iluminó: “ven antes de que me duerma”, pensó, “ven, bonito”. Y entonces, un segundo antes de que se abriese la puerta y apareciese Eusebio ante él, Paco vio a un muchacho sentado a los pies de su cama: éste era alto, esbelto, de tez y pelo bastante oscuros y complexión adolescente; miraba a Paco como si pudiese ver a través de él por una ventana acristalada. En ese momento se abrió la puerta y apareció Eusebio, haciendo vibrar al trasluz la habitación, y se sentó en el borde de la cama.

Transcurrió un segundo. El muchacho seguía allí, contemplándole, cada vez más leve e irreal. Paco sintió la respiración de su mujer y frunció los labios cuando Eusebio se agachó para besarle en la frente. Eusebio no había visto al muchacho: “mejor”, pensó Paco, “mejor”.

Aún no eran las ocho cuando Eusebio entró en el dormitorio. Escuchó la respiración profunda y entrecortada de su madre; los ojos de su padre giraron hacia él y su rostro resplandeció como vuelto a la infancia:

“Hola bonito”.

Eusebio se agachó hasta sentir el cosquilleo de su barba. Un fuerte olor a medicinas y a tabaco impregnaba la habitación. La madre dormía.

“Tabaco”, le pidió.

Le encendió un pitillo y esperó. El rostro hinchado se coloreó un instante.

“Hoy tengo un examen”, le informó.

El padre hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

“...de Física”.

“Bien, bien”.

Por último Eusebio apagó la colilla y se guardó el dinero del autobús.

El perro se había tumbado junto a la cama y gemía restregándose contra el suelo. Paco sacó el brazo de entre las sábanas y lo dejó caer junto a su lomo. El animal, al sentir su mano, se retorció y empezó a lamerla entre aullidos ahogados. “¡Punki, fuera, fuera!”, susurró Eusebio, pero Paco le interrumpió: “perro”, dijo, y trató de asirlo. El perro rebullía entre sus dedos torpes, pero al cabo logró darle una palmada en el lomo áspero y caliente.

“Tengo que irme”, anunció Eusebio.

Y volvió a agacharse y a sentir el cosquilleo de la barba y el vaho del aliento. En ese momento la madre se despertó y lo vio como en un sueño junto a la puerta.

Al abrir la puerta la habitación volvió a vibrar en la luz de la mañana.

Eusebio volvió a cruzar el pasillo, bañado ahora por la luz que entraba desde el comedor. El perro trotaba a su lado. De pronto el muchacho se detuvo. A su izquierda, sobre uno de los estantes, había descubierto el monedero que su madre buscaba la tarde anterior. Lo abrió, tomó una moneda, dos, tres, y finalmente lo dejó en el mismo sitio, entre los libros. Un sudor frío le humedecía la frente. El perro lo observaba con las orejas tiesas, expectante. Guardó las monedas y apretó el paso hacia la calle.

El padre lo recordó con un año de edad, sentado en la playa con un mohín de enfado porque le daban miedo las olas y le molestaba la arena. Fue un día, haciéndole un castillo, cuando Paco empezó a modelar. Acababa de arruinarse, con cincuenta años. Eusebio aprendió a andar y balbuceó junto a aquellos acantilados donde él volvía a sentirse adolescente y a escribir. Cuando el dinero se acabó tuvieron que trasladarse a La Laguna, pero el color y la luz que le acompañarían el resto de su vida serían aquel azul y aquel amarillo, lo mismo que en él se habían grabado los pinares de las sierras. A veces en sus divagaciones se mezclaban los tiempos y los lugares, se veía de muchacho junto al mar o trepando con su barba blanca a los árboles llenos de nidos. “Me muero”, se dijo.

“¿Qué te pasa, Paco?”.

Paco no respondió.

Punky marchaba majestuosamente junto a Eusebio. Una brisa húmeda, mañanera, sacudía los árboles aún llenos de sombra.

En la parada del autobús se detuvo, husmeó y se tumbó a pocos metros de él.

El azul y el amarillo debían estar ya en algún rincón de su espíritu, esperando.

En la tercera parada subió por fin Maira:

“Hola”.

“Qué tal”.

Los asientos olían a escay nuevo. Él le dejó el lado de la ventanilla y le ayudó a poner la bolsa en la red, junto a la suya.

Siguió un silencio embarazoso: caras de sueño, fachadas despintadas o cubiertas de colores chillones, gente parada, cruzando los semáforos. Eusebio dijo:

“Hoy va a hacer calor”.

“¡Hola Micki!”.

Un chico alto cargado con una bolsa se volvió hacia ellos:

“Hola”.

Una mata de pelo negro enmarcaba su gesto desafiante.

Eusebio no quería ser como Micki. Aunque a veces admiraba secretamente su rebeldía, en el fondo le parecía pueril como una máscara, una forma de llamar la atención. Él quería brillar por sí mismo, destacar sólo por sus propios méritos. Sin embargo, con frecuencia se sorprendía adoptando aquella pose de estar ya un poco de vuelta de todo que tanto le desagradaba en su amigo, o afectaba estar aislado en el abismo de su mundo interior como su amigo Antonio. Por supuesto ya no se vestía como a los doce años ni dejaba que su madre

lo acompañara hasta el colegio: quería tener su propia personalidad y su propia autonomía, que identificaba ingenuamente con la libertad.

En realidad era demasiado maduro y responsable para su edad, fruto de una infancia entre adultos; una infancia solitaria, cuya atmósfera y cuya magia aún lo envolvían, constituyendo paradójicamente los cimientos de aquella madurez.

Mientras sus compañeros, con toda su puerilidad, cogían al vuelo y comprendían al instante las insinuaciones femeninas y los resortes de otras situaciones de las que esperaban sacar provecho, él, con toda su madurez, era en el fondo un niño. Cuando Micki fumaba o cuando Antonio se sumergía en sus silencios se notaba que no eran ellos mismos, pero en ellos resultaba natural fumar, presumir, hablar con un tono de suficiencia; en cambio en él sonaba a falso y a hueco. Era como si llevase un cartel en la frente que dijera: “soy exactamente sólo lo que ves”. Esto le hacía sufrir, sentirse un bicho raro.

Con la enfermedad de su padre sus amigos se habían convertido en el único mundo posible. Los necesitaba infinitamente, mucho más que ellos a él. Pese a ser incluso atractivo se miraba en el espejo con recelo, escarbando en busca de alguna tara escondida en aquella imagen temblorosa. Tal vez un día al asomarse a aquella imagen como el patito feo descubriría un cisne. Pero hasta entonces habría de armarse de paciencia.

Por otra parte el trasunto infantil de su carácter resultó una armadura formidable ante la enfermedad de su padre: como si lo que le

rodeaba no pudiese rozar su piel y sin embargo le hiciese sufrir de una forma distinta.

Hablaba de su profesión, de su casa, de su mujer, como si ya estuviesen allí. Lo tenía todo minuciosamente previsto: viviría en un apartamento de las Ramblas orientado al mar; trabajaría como programador de la IBM; su mujer sería alta, morena, dulce e inteligente; más adelante, cuando ella terminase de ampliar sus estudios, tendrían dos hijos, Paco e Isabel, y se irían a vivir a El Hierro o a La Palma hasta que Paco e Isabel crecieran; él podría trabajar en casa gracias a las poderosas terminales de ordenador que por entonces ya habrían substituido a los obsoletos teléfonos; en sus ratos libres bajarían a la playa a correr y a jugar a los exploradores; cuando sus padres fuesen viejecitos los instalarían en una habitación bien soleada y ventilada, sin escaleras y con un pequeño cuarto de baño individual, y él les leería todas las noches el libro que quisieran; toda la casa estaría llena de libros, de cuadros, de muebles escogidos por su mujer, cuyo nombre empezaría por “M”; en cuanto los chicos tuviesen edad suficiente los enviarían a los Estados Unidos y a Europa ; podrían hablar con ellos todas las noches por video conferencia, así también verían a sus abuelos; aunque la casa sin ellos sería más triste, así que sólo aguantarían allí mientras los abuelos vivieran; después, ya jubilados, M y él volverían a La Laguna y se harían viejecitos juntos en las mismas calles y plazas por donde habían corrido y jugado en su infancia, hasta el día que murieran.

Un traqueteo del autobús lo despertó bruscamente. Un coche había intentado colarse en el cruce. Maira lo sacudió por los hombros, con suavidad.

“¿Qué pasa?”.

“¡Espabila!”, dijo Micki.

El conductor había dejado de gritar y el autobús retomaba su marcha monótona, dejándolos que volvieran a sumirse en sus pensamientos.

Y Eusebio vio a su padre muerto que lo miraba con una extraña expresión de serenidad.

Poco después el autobús dejó atrás la estatua del Padre Anchieta, torció hacia el Adelantado y arribó a la Concepción.

Doña Concha atravesó el pasillo. Su marido necesitaba un vaso de agua. Había vuelto a fumar. Era un enfermo difícil, orgulloso, rebelde, imposible. Al pasar ante la puerta de Arón se detuvo. Estaba cerrada. Dentro no se oía nada. Alargó la mano hasta el picaporte, la retiró y prosiguió sigilosamente su camino.

Cuando llegaron al Clavijo vieron a Antonio apoyado contra la verja del patio, bajo un árbol. Éste los saludó, apagó la colilla y los cuatro se dirigieron a la puerta principal. No habían hecho más que sentarse en la escalinata cuando sonó el timbre formando un estrépito en el patio, que después poco a poco fue quedando en silencio.

Al segundo timbre todos los muchachos se sentaron en sus pupitres perfectamente alineados. Las ventanas daban al jardín, al patio y a la calle. Un cielo triste, lleno de nubarrones, se restregaba contra la ciudad.

La primera clase tocaba Geografía: Eusebio trazaba rápidamente, en líneas apretadas y angulosas, sus apuntes; el profesor había desplegado un mapa de África y hablaba monótonamente de las montañas orientales y de los grandes bosques de laurel donde nace el Nilo. Rápidamente su vista giró hacia el banco de Maira cuya abundante mata de pelo caía plácidamente ante él. Ésta, al sentirse observada por Eusebio, se volvió y le sonrió.

Después tocaba Lengua y Literatura: le tocó leer a Antonio; “Fernando sentía un escozor entre el miedo y la inquietud. Comprendía que las argumentaciones de aquella especie de bestia eran las mismas que en forma inexpresada se agitaban dentro de él...”. Un ruido de selvas y zumbidos de llano barrió las montañas llenas de densos bosques oscuros, inmemoriales.

Las nubes empezaban a amontonarse y entenebrecían el cielo.

Fue en la última clase antes del recreo, cuando el frío ya había calado en las paredes, la ropa y los huesos. Entonces Micki llamó la atención de su compañero de banca que escuchaba completamente absorto: “¡eh, mira, lee esto!”, le susurró; y Eusebio se inclinó y leyó en silencio en un extremo de la mesa, ya casi borrado, el nombre de Arón.

III

En el primer cruce Arón aceleró dejando atrás las filas de casas descoloridas. Entró en un cementerio de coches. Al instante apareció un perro negro, ladrando. “¿En qué puedo servirle?”. “Quiero una biela usada”. “Mire por allí”, señaló el hombre, “¿es para ese?”. “Sí”. “Pues de ese no tenemos muchos”, dijo, “mire ésta”. Arón la contempló, volvió hacia el coche y regresó con el gato: “se lo cambio”, “¿yo para qué quiero eso?”, “está nuevo”. El hombre dudó: “está bien”. El coche reculó, salió al camino y se dirigió a la carretera.

Un temblor casi imperceptible recorrió entonces su cuello con una sacudida. Poco a poco los músculos se contraerían y la rigidez bajaría por la espalda hasta los abdominales y las piernas. Después tendría una sensación de frío y de calor sucesivos, sudor, vómitos, vértigo y fiebre. Recordó cómo lo había pasado la primera vez envuelto en una manta en el parque de la Constitución. La gente pasaba borrosa entre la lluvia. Entonces frenó bruscamente y salió del coche.

Pidió una Dorada que bebió directamente de la botella. Tras vaciar la segunda cerveza la mano dejó de temblarle. Encendió otro cigarro, pagó; se sentía mucho mejor.

Pero le costó trabajo arrancar, hasta que por fin tomó la primera curva tras la gasolinera en dirección a La Laguna.

El timbre resonó por encima de los árboles provocando una desbandada de gorriones. Eusebio, Antonio, Maira y Micki contemplaban en silencio la calle que se extendía al otro lado de la verja.

De pronto un coche pasó a toda velocidad: “¡gilipollas!”, gritó Micki. “¡Gilipollas!”, corearon los otros tres. A Micki le gustaba Maira. A Antonio y a Eusebio también.

“¿No se parece al de tu viejo?”.

“Sí, pero no es”, dijo Eusebio: “la matrícula es treinta y nueve mil cuatrocientos doce, no es”.

Micki se colocó entre Eusebio y Maira, arrojó el humo del cigarrillo por la boca y la nariz, y se lo ofreció a Eusebio, que lo rechazó. Maira se apartó un poco para hablar con Antonio, que seguía callado, huraño.

“Pues yo”, anunció Micki, “tendré un coche mucho mejor que ese”.

El sol palideció entre los apretados nubarrones que aparecían en el monte de Las Mercedes. “¿Y tú?”, preguntó volviéndose a Eusebio, tomándolo por sorpresa.

“Yo no sé”, titubeó éste, “seré ingeniero”.

“¿Inge qué?”, bromeó.

“¡Déjale en paz!”, intervino Maira, “no todos tenemos la cabeza hueca como tú”.

“¿Cómo sabes que te va a ir ta bien?”, preguntó Antonio.

“Yo lo sé”, replicó con jovialidad.

Una bandada de palomas cruzó el aire tibio.

Maira observaba con el rabillo del ojo a Eusebio que permanecía callado, con las manos en los bolsillos, avergonzado por ser el centro de atención, esforzándose por parecer tranquilo e indiferente. Su expresión, mientras paseaban por el patio a la espera de que sonase el fatídico timbre, era de estar absorto en alguna cuestión enrevesada y profunda.

“¿A propósito, cómo está tu padre?”, le preguntó Maira.

“Mal”, respondió Eusebio, “estamos esperando lo peor”.

“¡No digas eso!”, protestaron a la vez Micki y Antonio.

“¿No hay posibilidad?”, preguntó tímidamente Maira.

Eusebio negó con un movimiento de cabeza. “No”.

En ese momento sonó el timbre y los cuatro muchachos apretaron el paso hacia el portón sin mirarse a la cara.

Atravesaron el patio, la puerta principal, el estrecho corredor, y por fin entraron en el aula, en un tropel de voces, empujones y carreras.

Eusebio, como casi todos los adolescentes, pensaba a menudo en la muerte. Se la imaginaba como una mujer por cuyo amor él se arrojaba a un río o moría desangrado en un bosque por un duelo. Una solemne y silenciosa comitiva lo despedía al son de una marcha fúnebre, dispersándose a continuación.

Nunca había pensado que morir se fuera algo normal, cotidiano, incluso molesto; penoso, difícil.

Se imaginaba la muerte como a una persona, como un momento de heroísmo durante el cual todo quedaba en suspenso, pendiente, callado, contenido.

Mientras cruzaban el patio iba pensando en esto; no vio el gesto de Maira que había alargado tímidamente la mano hacia él.

Concha empujó suavemente la puerta del comedor y permaneció inmóvil. Vio el vaso de café, la carta y el balcón abierto de par en par. El cielo estaba raso. Al ir a apoyarse en la barandilla tropezó con un bulto. No vio la mancha seca y negruzca del lomo hasta que se agachó para acariciarlo entre las orejas, como le gustaba, y le sorprendió que no se moviera.

A media mañana el viento solía soplar por la calle donde daba la habitación de Paco. A Paco le gustaba escucharlo. Le recordaba su infancia: el campo, los trenes, los postes de la luz... Al final del verano desaparecían los nidos, los caminos se llenaban de penumbra. Tenía que coger un tren para ir a la ciudad. El perro del guarda lo acompañaba y ladraba cuando se paraba a robar fruta. Lo último que escuchaba desde el tren era el viento y aquellos ladridos. Aquella mañana también hacía viento.

Concha envolvió al perro en una sábana, lo limpió, lo ató, bajó a tirarlo a la basura. A continuación desinfectó la terraza y el comedor y se lavó bien las manos. Estaba llorando. Recogió los cacharros, puso a hervir café y fue a vestir a Paco sin secarse los ojos.

Al verla llorar el padre se sobresaltó. Pero ella se sentó a su lado, lo acarició entre la barba y le dijo:

“Lo ha atropellado un coche, Paco”.

Concha recordaba cómo habían traído al perro contra su voluntad. No le gustaban los animales en las casas, pero desde muy pequeños sus hijos se habían aficionado a recoger perros de la calle. Aquel día su marido no se enfadó. Él, que no soportaba ni una mancha, ni un olor, accedió a que el perro se quedase con la única condición de que otros se ocuparan del animal. “¿Cómo es eso?”, protestó ella. “Puede quedarse en la terraza”, dijo él. Hubo un silencio. Eusebio acababa de cumplir cinco años; la miraba suplicante, y tuvo que ceder. Mientras lo limpiaban, lo secaban y acondicionaban la terraza barajaban posibles nombres: Paco proponía llamarlo Fierabrás o Nerón, porque era panzudo y paticorto; pero Arón dijo que se llamaría Punky, y Eusebio afirmó que él lo llamaría simplemente “Perro”.

Tras la euforia de los primeros días, PunkyNerónFierabrásPerro consiguió que lo dejaran tranquilo. Todas las mañanas, mientras Paco tomaba el café, el animal se tumbaba a sus pies y esperaba pacientemente a que terminara de desayunar para acompañarlo al taller. En época de celo desaparecía durante días y al cabo volvía sucio y pulido de mordeduras. Concha protestaba pero Paco lo defendía: “que aprenda a valerse por sí mismo”. “¿Qué es valerse por sí mismo, papá?”, le preguntaba Eusebio lleno de curiosidad”. “Ser independiente, ser libre”. Eusebio corrió a apuntarlo en su libreta: anotaba en ella todas las palabras que no entendía con una letra de caligrafía: Libre, Independiente.

Ahora a Concha aquellos tiempos le parecían felices. Cuanto más se remontaba en el pasado más feliz se le antojaba. Sin embargo no

olvidaba que también habían soportado muchas estrecheces y dificultades: a Arón lo echaron del Instituto, Eusebio tuvo el sarampión, las viruelas, las paperas, la escarlatina; Paco no tenía trabajo, casi vivían de la caridad, de puro milagro.

Al salir de clase, Eusebio, Antonio, Micki y Maira quedaron en la estatua del indiano diez minutos antes de coger el autobús. Eran los exámenes de diciembre. El cielo estaba frío y los chicos se deslizaban deprisa hacia la calle.

Estaba a punto de pedirle el teléfono a Maira cuando oyó el claxon y la voz de su hermano Arón:

“¡Eusebio, Eusebio!”.

“¿Venís?”, titubeó Eusebio.

“No”. “Gracias”.

Éste arrojó su bolsa en el asiento de atrás y se sentó junto a Arón:

“¿Qué?”.

“Nada”.

Arón conducía deprisa sin mover la cabeza al hablar. En la Plaza del Adelantado torcieron hacia Anchieta para entrar en la autovía. Una fila de casas y placitas coloniales huyó como un sueño.

“¿Qué hay?”.

“Nada”.

“Es guapa”.

“Es una amiga”.

“Pero es guapa”.

Eusebio no contestó.

Desde la autovía se veía el mar, rizado, revuelto en pequeñas líneas blancas.

“No te esperaba”, dijo por fin.

“Pues ya ves”.

Pasado el observatorio se desviaron hacia la Cuesta. De pronto Arón detuvo el coche.

“¿No vienes?”.

“No”.

Eusebio recogió su bolsa y cerró la portezuela, Arón asomó el brazo por la ventanilla.

“¡Adios!”, le gritó.

Arón arrancó y Eusebio se alejó hacia la casa. Aquél tomó el mismo camino. Luego, en vez de desviarse a la Laguna continuó por la carretera de la Orotava.

Las nubes, que se habían estado amontonando contra la montaña, se disipaban por fin descubriendo las terrazas de plataneras.

Al recoger la bolsa, Eusebio había visto algo muy raro en el asiento trasero: un búho enorme, disecado, a medio envolver en un papel de periódico.

La llave del escritorio no estaba en la mesita de noche ni en el bolso, sino encima de la mesa, junto a una carta y un vaso de café. Inmediatamente Concha corrió hacia el escritorio. Lo abrió. Por fin pudo examinar lo que contenía: una caja de medicinas, una Biblia, un joyero,

una cajita fuerte, cartas, manuscritos... Pero en el joyero faltaba su reloj de oro de pedida de mano y la cajita fuerte estaba vacía. No recordaba cuánto dinero contenía. El resto estaba intacto.

Cerró lentamente el mueble, guardó la llave y volvió al comedor.

Cómo le hubiera gustado engañarse, pensar que ella había puesto allí la llave y que ya no lo recordaba; y que el reloj de oro estaba en el fondo de un cajón; y que el dinero, cuya cuantía tampoco recordaba, estaba en algún bolsillo. En otro tiempo habría rebuscado en todos los armarios y en todos los abrigos; habría puesto la casa patas arriba antes que reconocer la verdad.

Cada vez que algo le desaparecía, Concha se preguntaba qué había hecho mal, en qué había fallado.

En cambio Paco tenía una confianza ciega en Arón: pensaba que el muchacho se merecía una segunda oportunidad y que no había el menor motivo para dudar de él; achacaba sus dudas a la consabida suspicacia femenina.

Un día, Concha encontró en un bolsillo de los pantalones de Arón dos billetes nuevos, doblados, que le habían desaparecido aquella misma mañana. Fue a contárselo a su marido. Paco le reprochó que hubiese registrado a su hijo. ¿Cómo había podido caer tan bajo?. “Suponiendo que fueran los mismos billetes que tú dices que has perdido, no tienes ningún derecho a registrarlo, ¿y por otra parte cómo sabes tú que son los mismos?, no tienes ningún derecho a registrarlo, ningún derecho”, le recriminó.

Según Paco, Arón cumplía escrupulosamente con sus obligaciones: lo llevaba a pasear en la silla de ruedas, le ayudaba a ir al baño, le escribía al dictado; era sus ojos, sus pies, sus manos; nunca se ausentaba sin motivo, no frecuentaba sus antiguas compañías, no levantaba la voz, no contestaba con una mala palabra; ella misma le había confesado que por fin estaba orgullosa de Arón. No era Arón sino ella quien había cambiado en aquellas semanas.

Concha salía llorando.

Un día le enseñó a Paco una lista con todas las cosas que le faltaban: un reloj de oro, un broche, unos pendientes de perlas, una pulsera, unos gemelos, un juego de café de Portaceli; veintidós cucharas, veinte cucharillas, veintidós tenedores y veinte cuchillos de plata; una plancha de vapor, un radiocasete, un Atlas Universal encuadernado, unas gafas, el vídeo, unas cuarenta y cinco mil pesetas... Paco volvió a interrumpirla bruscamente: “pues búscalas”.

Y muchas de aquellas cosas las había transportado él mismo, porque Arón aprovechaba sus paseos para llevarlas a un perista llamado el Africano. Arón no tenía el menor pudor, el menor escrúpulo, en ponerlas en la silla, sobre las rodillas de su padre, mientras él la empujaba por las escaleras hasta el cuchitril del Africano. A veces, cuando Paco se despertaba después en el Parque Bethencourt creía que paseaban por los jardines de una mansión y procuraba no volverse a dormir.

El Africano debía ser el administrador de aquellos jardines, de quien quiera que fuesen. Un día Paco escuchó la siguiente conversación:

“¿Qué parque es este, muchacho?”.

“Es el Parque Bethencourt”.

“Bethencourt, Bethencourt...”, murmuró Paco para sí, “¿dónde lo he oído antes?”.

Y al día siguiente, cuando el Africano volvió de la habitación contigua donde tasaba las mercancías, Paco le preguntó por el señor Bethencourt. El Africano lo miró desconcertado. “Papá, no molestes”, intervino Arón. “¡Déjalo, déjalo, déjalo, me gusta el viejo!”, dijo el Africano; “¿qué quieres abuelo?”. “Quiero presentar mis respetos al señor Bethencourt”, dijo Paco. Hubo un silencio. El Africano estaba a punto de desternillarse de risa. Sacó un pañuelo para secarse las lágrimas y balbuceó en árabe un nombre.

El viento y los ladridos del perro del guarda era lo último que Paco escuchaba desde el tren. Y cuando se cansaba de mirar por la ventanilla, leía “Los Tres Mosqueteros” o “El Conde de Montecristo”; o recordaba las caminatas, las expediciones a la Presa Vieja con la escopeta de perdigones de su padre. Y cuando le empezó a despuntar la barba, los Tres Mosqueteros y el Conde de Montecristo se convirtieron en “Los Hermanos Karamazov” y “Luciano Leuwen”; y los primeros versos, los primeros pantalones largos, la primera mujer... El perro del guarda se murió sin que él se enterara, después de las caminatas y el viento, enterrados en su memoria.

Y al final de cada verano el río Mundo se oscurecía por la arcilla que arrastraba desde los barrancos. Paco recordaba aquel irrumpir

repentino de agua rápida y turbulenta que parecía arrastrar miles de hojas de té, toda aquella agua oscura que se precipitaba de las sierras.

Eusebio subía por la misma cuesta que tomara aquella mañana, pero ahora el sol le daba en la cara y la bolsa le hacía inclinarse hacia atrás como un campo de espigas.

Las calles aparecían agitadas poco antes del mediodía: gente yendo y viniendo en largas filas de automóviles; autobuses y aceras abarrotados. Eusebio sintió de pronto deseos de correr. Echó de menos al perro con el que a veces se encontraba a su regreso, y que se le hubiese enredado entre las piernas. Emprendió a la carrera la subida de la cuesta. Se sentía pleno, feliz. Pero le estorbaban las calles, los muros, las casas... Hubiera preferido correr a campo abierto, sin obstáculos, con todo el horizonte para él solo.

IV

El Instituto Clavijo era un antiguo palacio colonial. Un busto de bronce recordaba en la entrada el rostro severo y vulgar del indiano que lo había donado a la Iglesia. A otras generaciones las había impresionado el gesto de hastío con que parecía vigilar la puerta como un anticipo de lo que les esperaba en el interior: el Latín, la Tabla Periódica de Elementos y los Polinomios. Pero hacía mucho tiempo que ya no impresionaba a nadie, cubierto de excrementos y grafitis. Los muchachos ya no formaban allí para cruzar en fila la penumbra triste de los pasillos, y el único que reparaba en él era el director cuando aparcaba por las mañanas. Un día, antes de que lo echaran del Clavijo, Arón lo pintó de rojo como el diablo.

El pupitre donde estaban grabadas sus iniciales aún andaría en alguna clase de los primeros cursos. Mientras llegaba el profesor, Arón solía acodarse en la ventana a fumar. Una aureola de audacia y temeridad lo acompañaba. Al oír los pasos arrojaba la colilla al jardín y volvía a su sitio tranquilamente, sonriendo.

Pasaban los recreos en los lavabos fumando y viendo revistas pornográficas, o sentados en un rincón del patio. En sus escapadas solían ir a los Billares Presley o a los Jardines Bethencourt.

Cuando lo expulsaron, pintó aquel busto en parte por venganza, en parte por un anhelo de posteridad.

Pero los días que él se había imaginado libres y luminosos resultaron interminables y tristes. Al principio se lo veía deambular con el Cojo cerca del Instituto, en sendas bicicletas.

El Cojo era el encargado de los Billares Presley. Él y Arón se pasaban las tardes allí. Cuando el dueño se ausentaba, jugaban de balde y bebían. Con los ojos enrojecidos, Arón parodiaba al dueño, contaba chistes verdes y por último, echaban la persiana para acabar tranquilamente la borrachera. El Cojo, que nunca había ido más de una semana seguida al Instituto, hablaba comiéndose las eses como si llevase un estropajo en la boca.

Un día el dueño apareció inesperadamente y despidió al Cojo. “En cuanto a ti, no quiero verte más merodeando por aquí”. Los dos amigos le hicieron un corte de mangas y salieron corriendo y gritando “hijo puta”.

Arón no volvió a estudiar. Nunca pensó que pudiera aprenderse en los libros nada importante ni necesario. Antes de enfermar, su padre solía sermonearle acerca de los libros, pero él le replicaba que ningún libro iba a sacarle de apuros cuando verdaderamente lo necesitara. Su padre se quedaba un poco intrigado ante estas respuestas.

Un día, discutiendo sobre ello, su padre le dijo que quería leerle algo y que quería saber su opinión sincera. Se trataba de algo que a él le había conmovido cuando tenía su edad: quince años. Al poco volvió con un libro, grueso como una Biblia, se ajustó las gafas, buscó la página en cuestión y empezó a leer en voz alta y pausada:

“Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, y a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que libremente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían”. Aron bostezó. “En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornos despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas,” Arón volvió a bostezar, “con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia...”.

“¿Y bien?”, le preguntó por fin, cerrando el libro.

“Chachi”, respondió Arón, mirando hacia la puerta.

El padre, ensimismado, no terminó de escucharle. Cuando quiso darse cuenta Arón ya no estaba.

En la cárcel Arón frecuentó más el taller que la biblioteca. Había tallado las figuras de un ajedrez con un palo de fregona. Durante días no hizo, no pensó en otra cosa. Las diseñaba, cortaba la madera, las tallaba, lijaba, pulía, pintaba y barnizaba. Después esculpió un caballo, un barco, incluso un Neptuno desnudo. Cuando el taller estaba cerrado se le veía deambulando por el patio o por las galerías o tumbado en su litera. Una pequeña ventana sin barrotes, (era tan pequeña y estaba tan

alta que resultaban innecesarios), que dejaba entrar la luz y el aire cargado de ecos. Las plazas de La Laguna estarían empapadas, mojadas, mohosas, soñolientas bajo los árboles llenos de agua y de pájaros, como esponjas.

Arón pensaba en todo lo que haría cuando fuese libre. A veces tenía pesadillas en las que volvían a encarcelarlo o se precipitaba en un pozo, y gritaba y nadie lo escuchaba, como cuando sopla el viento de noche en las calles, y se despertaba sudando y con náuseas, y como perdido.

Al principio Paco juró que no iría a visitarlo e incluso se enfureció. Pero un día, de pronto, Arón dejó de ser el blanco de su ira: era un muchacho enfermo con quien se estaba cometiendo una injusticia monstruosa. Paco empezó a contemplar su caso desde otro ángulo: el mundo era gobernado por grandes delincuentes que nunca iban a la cárcel o que, si la pisaban, eran liberados inmediatamente por hábiles abogados y fianzas substanciosas; en cambio el sistema, corrupto en su raíz, era implacable con los pequeños delincuentes aunque estos no suponían una amenaza para la sociedad sino sólo sus víctimas, sus cabezas de turco.

Paco envió decenas de cartas a El País, El Heraldo de Albacete, La Gaceta de Murcia, El Correo, El Independiente, El ABC, denunciando la situación de su hijo que se “podría en la cárcel mientras los verdaderos ladrones disfrutaban del respeto social que daba la posición, de una vida digna de Las Mil y una Noches”. Uno de los redactores le contestó pidiéndole más información sobre el caso de Arón pero Paco rompió al

instante, muy indignado, la carta. La prensa era una parte del sistema que él denunciaba. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo?

Una mañana Arón se enteró de que había solicitado verle. Tras dar su consentimiento le condujeron a una salita acristalada cuyo mobiliario se reducía a una mesa y dos sillas clavadas al suelo. Se sentó, encendió un cigarrillo, por fin se abrió la puerta y entró su padre. Le pareció casi un anciano, sintió ternura por él. Su barba se desordenaba conforme hablaba, con sonora rotundidad.

Arón lo escuchaba callado: no entendía muchas cosas, otras no quería entenderlas, otras fingía no entenderlas; sus respuestas eran breves, rápidas, entrecortadas, concisas.

Cuando se despidieron, el guardia le entregó el paquete que le había traído, con dos cartones de Marlboro y un Quijote ilustrado por Doré.

Después de aquella visita Paco se sintió mucho mejor. Pensó que su hijo era aún muy joven; que, poniendo de su parte, podría superar aquel bache, fruto de la inconsciencia de la juventud. Que la cárcel podía servirle incluso para madurar. “No hay que verlo todo color negro”, se decía. Y durante aquellas semanas fue creciendo su confianza y su optimismo. Cualquier detalle, por insignificante que fuese, lo reforzaba en su convicción, en su fe en el futuro. ¿Cuántos grandes hombres no habían atravesado por momentos difíciles en su vida?. Ahí estaba Plutarco, por si alguien tenía dudas; Sócrates, Séneca, Tomás Campanella, Carlos Dickens, la lista era interminable; todos ellos habían pasado en algún momento de su vida por circunstancias de

adversidad, pues la comodidad sólo produce hombres mediocres, se decía: “los héroes no crecen en la vida cómoda, fácil”.

Cuando Paco quería darse cuenta estaba leyéndole a Concha las Vidas de Plutarco o las Biografías de Los Hombres Ilustres de Francois Maurois. “¿No crees que exageras un poco?”, le interrumpía ésta. “No, escucha, escucha esto, escucha un momento esto”, le replicaba entusiasmado; continuaba leyendo hasta que las letras se le emborronaban. Aunque Concha le había escondido las gafas, Paco proseguía imperturbable: “Encontrándome en medio de la guerra de Alemania hizo la Providencia que me refugiase en una choza cerca del Danubio, que a veces utilizaban los pastores. Allí, asediado por el frío, el hambre y la muerte, creyendo que mis días tocaban a su fin, haciendo balance de mis pecados, con el estómago vacío, los pies y las manos congelados, la frente febril, me di cuenta de que había sido tocado por Dios para hacer un gran descubrimiento: yo mismo...”. Su rostro irradiaba una expresión feliz: “...Entonces eché a correr por los campos embarrizados, bajo la lluvia; los pastores, los labradores, las mujeres, los soldados, los feriantes, los curas, todos con quienes me tropezaba me tomaban por loco, no sabían que acababa de descubrir el fundamento de la existencia”. “¿Lo ves, lo ves?”, exclamaba Paco entusiasmado.

Y soltaron a Arón por buena conducta. En efecto, parecía cambiado, maduro, más dueño de sí. A los pocos días volvió a las andadas.

Arón, el Cojo y el Pilas decidieron robar en un chalet: la Rosaleda. El Pilas se plantó ante el garaje abierto mientras el Cojo los esperaba en

el coche. Cuando los perros de la casa se abalanzaron sobre el Pilas, Arón se deslizó hasta el cobertizo del jardín. Al oír los ladridos y los gritos, los dueños corrieron al jardín y Arón aprovechó para colarse por una ventana. Entonces ocurrió algo imprevisto: un niño pequeño, que no tendría más de un año, vio a Arón y empezó a llorar. Los padres corrieron hacia la puerta, los perros corrían por el jardín. Arón subió hasta el primer piso, entró en el dormitorio y se deslizó bajo la cama. El Pilas había vuelto junto al Cojo, no lo esperaron ni un minuto. Cuando los padres llegaron junto al niño éste señaló con el dedo la ventana por donde había entrado Arón. El padre la examinó detenidamente. Por allí no había nadie. El niño señaló hacia la escalera, hacia el piso de arriba. El hombre y la mujer se miraron. “Voy a subir”, dijo el hombre. La mujer no tuvo tiempo de protestar, porque en ese momento sonó el teléfono. Arón salió de debajo de la cama, saltó a un pequeño tejado que comunicaba con el cobertizo. Desde allí hasta la verja había sólo un metro. Los perros rebullían bajo sus pies como gusanos. Arón tomó impulso, saltó y cayó limpiamente en la calle.

Aquella noche el Cojo, el Pilas y Arón llevaron el coche a un descampado de la Cuesta de Piedra, lo rociaron de gasolina y le pegaron fuego.

En las semanas siguientes hubo una oleada de robos en Tenerife: una panadería, una ferretería, un taller de coches, un estanco, una tienda de ultramarinos, una boutique... Todos los locales eran desvalijados de la misma forma, de madrugada, con palanca. Lo extraño, lo desconcertante, era que los ladrones incendiaban después

el local y el coche que habían utilizado para huir. ¿Por qué, por qué alguien que acaba de cometer un robo llama así la atención? La policía estaba desconcertada, la gente estaba desconcertada: no se hablaba de los robos sino de los extraños incendios con que sus autores los rubricaban.

Las explicaciones más absurdas corrieron de boca en boca: se llegó a especular con que los ladrones, abrumados por su conciencia, deseaban, querían ser capturados. Sin embargo todos los dispositivos de la policía fracasaban, uno tras otro. ¿Eran pirómanos, neuróticos, vándalos, exhibicionistas...?

Aquellos incendios llegaron a reunir a tantos curiosos que la policía tenía que emplearse a fondo, dispersándolos a mamporrazos.

Una noche se declaró un incendio de enormes proporciones en la Refinería del puerto de Santa Cruz. La policía, alerta desde hacía semanas, acordonó rápidamente la zona tratando de dispersar a la multitud que se había concentrado en los alrededores. Esta vez, al parecer, los ladrones habían quedado atrapados por el fuego: las llamas se habían extendido tan rápidamente, con tal intensidad, que estos no tuvieron tiempo de huir; seguramente el fuego había alcanzado también al coche que utilizaban para escapar. Poco después de aparecer la policía, uno de los ladrones salió tambaleándose entre las llamas y el humo; enseguida los bomberos encontraron el cuerpo del segundo, muerto, calcinado en el interior del coche; el tercero intentó huir por la dársena, arrojándose al agua, y fue finalmente capturado por la policía.

De los tres, aún adolescentes, dos tenían antecedentes penales; el que había aparecido muerto en el coche era un tullido fichado por la policía por pequeños hurtos y tráfico.

Durante los primeros meses Arón no recibió ninguna visita, ninguna carta; nadie le telefoneó. La vida en la cárcel era insoportablemente rutinaria. Intentó suicidarse en dos ocasiones, atormentado por la muerte de el Cojo, su único amigo de los tiempos del Instituto. Una mañana, al despertarse en la enfermería, oyó cómo la lluvia golpeaba contra los cristales; se imaginó los árboles empapados en la calle, el mar rizado por el temporal; pensó que valía la pena vivir, que él iba a intentarlo; “pobre Cojo, pobre Cojo”, murmuraba.

Lo primero que haría sería pedir perdón, pediría perdón. Se sentía un hombre nuevo. Aunque no le perdonasen él procuraría perdonarse, absolverse a sí mismo.

Terminaría el Bachillerato. No podía volver al Instituto pero buscaría la forma, estudiaría por las noches, asistiría a clase, frecuentaría la Biblioteca. Escribió a sus padres una larga carta, le envió a Eusebio un velero de madera.

Así transcurrieron dos años; al cabo volvieron a darle la Condicional: todos los lunes a las diez durante al menos un año tenía que presentarse en el Juzgado de La Laguna.

Lo primero que hizo una vez libre fue ir a los Billares Presley. No podía olvidar al Cojo, su compañero del Instituto. Le parecía que iba a aparecer en cualquier momento derrapando en su bicicleta. Ya en el local, Arón miró maquinalmente al rincón donde solían sentarse, junto

a la cabina, frente a la puerta de la calle. Entonces oyó una voz tras él: “¡yo te conozco, tú eres...!” y se volvió, “¡tú eres el hijo de puta que me robaba con el tullido!”. Arón apretó los puños, sintió la mandíbula; sintió cómo la sangre le fluía con rapidez, cómo se le agolpaba en el cuello y la cara; cómo los músculos se le tensaban con dureza; cómo la vista se le nublabá por momentos, pero se contuvo; esta vez se contuvo; contestó: “el Cojo murió”. Y el hombre quedó confundido, sin saber qué decir.

Poco a poco todos volvieron a confiar en él, todos menos él mismo. Aquella noche soñó que entraban en los Billares Presley y que volvían a encerrarlos; que el hombre que encontraban calcinado en el coche era él, Arón.

V

El hombre al que llamaban “el Africano” soltó la cadena y dejó pasar a Arón a su cuchitril. “Espérame”, le dijo; y desapareció en otra habitación.

Arón examinó rápidamente la puerta por donde había entrado, y la ventana, pero no tuvo tiempo de comprobar a dónde daba. Había estado allí muchas veces pero en el último instante siempre aparecía el Africano:

“Lo siento”, decía, “no puedo darte más”.

Sabía que era inútil discutir con él, así que le tomaba el dinero.

Sin embargo aquella mañana el Afri se entretuvo más que de costumbre. Lo oyó encender una luz, abrir y cerrar un cajón y dar varios pasos. En aquella habitación sólo había una silla, una mesa y un cenicero. Iba a levantarse cuando se abrió la puerta:

“Lo siento”, dijo el Africano, “no puedo comprar”.

El paquetito golpeó con un ruido metálico en la mesa.

“¿Por qué?”.

El Africano se encogió de hombros: “no es bueno”.

Arón lo guardó maquinalmente y salió con paso rápido a la escalera. En la calle, a unos cien metros, se detuvo frente al descampado donde poco antes había recuperado el paquetito que tirara por la mañana.

Empezó a rebuscar entre la hierba pero la pequeña esfera tampoco apareció esta vez.

Así que volvió sobre sus pasos. El portal del Africano estaba ahora silencioso. Se detuvo, aspiró profundamente y golpeó en la puerta.

“¿Quién es?”.

“¡Yo!”.

“...siento”, respondió la voz.

“¡Tengo algo!”.

La puerta se entreabrió.

Arón se abalanzó contra el hombre. Forcejearon, le golpeó con el paquete en la sien, farfulló, jadeó, volvió a golpearle, el Africano se desplomó.

Arón registró rápidamente sus bolsillos. Luego cruzó el cuchitril y se dirigió a la segunda habitación. No dio con el interruptor y empezó a rebuscar a tientas hasta que tropezó con un bulto y le pareció oír pasos en la escalera. Lo cogió y corrió hacia la ventana.

Mientras Arón registraba aquel cuartucho, el Africano volvió en sí. Como en un sueño oyó el trasteo del ladrón en la habitación, sus pasos, sus movimientos frenéticos, sus insultos... Intentó levantarse pero ni las piernas ni los brazos de trapo le obedecieron. Los párpados empezaban a pesarle mortalmente, como losas. Trató inútilmente de mantenerlos abiertos. Sintió el frío del suelo contra su mejilla. Escuchó los pasos que subían, remotos, por las escaleras; voces venidas de otro mundo. El viento sonaba en el patio como la pleamar. Se vio de chiquillo corriendo por las calles de Casablanca, en el oasis de Ben-

Mureybet, los muros, las palmeras. Alguien le abrió los ojos, le palpó las sienes, le palpó el cuello, las muñecas, y anunció que estaba muerto. Él intentó gritar pero sólo le salió un estertor ahogado.

Arón se deslizó a toda prisa hacia un extremo del patio. La puerta estaba atrancada. Trepó por unos escombros hasta una ventana que daba a las escaleras y permaneció allí escondido. Al principio no escuchó nada. De pronto le pareció oír una voz desconocida en el primer piso.

No podía quedarse allí: si alguien se asomaba a una de las ventanas lo descubriría enseguida; pero si entraba, podían oírlo y subir desde el portal o bajar desde el primer piso. Volvió a intentar mover la puerta del patio sin éxito. Entonces se encaramó a los escombros y saltó dentro.

En el hueco de la escalera había un sitio, justo para él, pero el paquete quedaba a la vista. Arón se encogió, en cucullas, todo lo que pudo y esperó allí.

Las voces se acercaron. Los pasos bajaban desde el primer piso. De pronto se detuvieron. Arón contuvo la respiración. Si lo descubrían saltaría sobre ellos y trataría de aprovechar la confusión, llegar al portal.

Uno de los pies tropezó con el paquete. Arón se pegó aún más contra la pared. Pero en vez de agacharse el hombre lo apartó con el otro pie y siguió bajando. Aquél permaneció inmóvil hasta que las voces se perdieron en la calle.

La primera reacción de Arón fue entregarse a la policía. Él no había querido matar al Africano sino sólo robarle. No era un asesino, nunca había hecho daño a nadie a sabiendas, por puro placer; simplemente había tenido mala suerte. Si ahora se entregaba y confesaba, no sólo le rebajarían la pena sino que, y esto era lo más importante, reconocerían que todo había sido un accidente, que él no era un asesino.

De pronto recordó todo el daño que le había hecho a sus padres, todas las ocasiones en que había defraudado a las personas que más le querían; un sinfín de pequeños robos y mentiras acudió en tropel a su mente, como una espesa telaraña, aturdiéndolo; y empezó a llorar.

Iba dando tumbos por la calle sin mirar a la gente que se apartaba escandalizada o divertida a su paso.

Aunque la cárcel sería su tumba, y al final, en el último momento, él sabía que decidiría no entregarse, sentía una profunda y auténtica congoja, y pensaba incluso en el suicidio.

Recordó al perro, al que había maltratado aquella misma mañana, (no sabía que había muerto como consecuencia de su paliza), y sintió deseos de acariciarlo, de hacerle cosquillas entre los ojos, detrás de las orejas.

“¡Tú, mira por dónde vas!”, le gritó alguien.

Así llegó hasta el mirador de la carretera de La Cuesta, situado en una curva sobre un pequeño precipicio. Siempre le había gustado aquel mirador. Se apoyó en el borde del balaústre, cerró los ojos y contuvo la respiración.

Durante un minuto sólo percibió el zumbido de los coches que circulaban a su espalda, al borde de un extraño silencio. Casi se sintió flotar por anticipado, virtualmente, en el vértigo de la caída. No iba a entregarse a nadie.

Por fin abrió los ojos. Recordó que acababa de matar a un hombre y que no tardarían en empezar a buscarle, y corrió hacia el coche.

Nadie iba a comprender ni a perdonar, aunque se entregase. Aunque él no lo hubiese matado, nadie le iba a creer en contra de las apariencias. Además lo había matado.

El arrepentimiento tan repentino e inesperado se desvaneció súbitamente. Tal vez cuando estuviera lejos, a salvo de todo... Ahora debía obedecer a su instinto y escapar.

Una vez en el coche Arón se dirigió hacia las montañas, aún sin una idea clara de dónde se escondería. Tomó por la carretera de La Laguna en dirección al Instituto Clavijo.

Los muchachos comenzaban a agolparse ante la puerta. Vio a Eusebio junto a la estatua del Indiano. Lo contempló durante un instante en silencio, antes de hacer sonar el claxon.

Eusebio estaba a punto de dirigirse a Maira cuando el claxon le sobresaltó. Había ensayado cuidadosamente cada palabra, cada frase que iba a decir, y ahora... ruborizado, confuso, intentó sonreír y levantó la mano. Sentimientos contradictorios lo agitaban.

Arón volvió a tocar el claxon. No había tiempo para romanticismos. Por fin Eusebio se despidió de sus amigos, entró en el coche, cerró la portezuela...

Arón quería decirle muchas cosas pero no encontraba las palabras. Era consciente de que tal vez no volverían a verse en mucho tiempo, quizá nunca más, pero las ideas y las frases se le escabullían, se le enmarañaban. Y Eusebio permanecía ajeno.

Maira también se sobresaltó al oír el claxon. Había notado algo, no sólo en Eusebio sino en ella misma: una sensación de estar flotando, un arrebol en la cara. Nunca había sentido nada así. Cuando el coche arrancó dejó la mochila en el piso para apartarse el pelo de los ojos embelesados.

La Plaza Bethencourt era en el argot policial un “punto de reunión”. Los personajes que la frecuentaban la llamaban de muchas formas: el Ágora, el Cementerio, el Metro, el Mercadillo... Era una reliquia del siglo XIX en el centro mismo de Santa Cruz, con un cenador rodeado de grandes árboles de tipo inglés; rosaladas, bancos, paseos y una fuente con un Neptuno mutilado. Antes de las ocho la cruzaban quintos, escolares, obreros, empleados, basureros y policías. Solía haber gente durmiendo en los bancos. A partir de las nueve llegan los jubilados y los turistas. Hay un barecito en el cenador que sirve desayunos y refrescos, pero los auténticos bebedores se desperdigan por la plaza formando tertulias fantásticas. Hacia las doce, cuando los durmientes se han despertado, el Ágora ya está en su apogeo. Los bebedores y los fumadores de hachís, de todas las edades y condiciones, discuten y provocan a los transeúntes; cantan, se insultan, trafican o ejercen la mendicidad. Algunos hablan solos o increpan al pobre Neptuno. Se ven

motos destartaladas, bolsas de grandes superficies comerciales, botellas de cerveza, periódicos... A las tres o cuatro horas empiezan a dispersarse los contertulios como ejércitos derrotados. Los recién llegados ocupan su sitio en los bancos, sentados, recostados, en cuclillas: estudiantes de Instituto, soldados de permiso, gente de los pueblos próximos, abuelos con tetra bricks de vino... De tal forma que parece que siempre son los mismos, hasta que empieza a atardecer. Entonces el Ágora se convierte en el Cementerio (el Jurassic Parck): putas, yonkis, chaperos, tironeros, chulos y más policías... El barecito ya está cerrado y las mesas recogidas. Más entrada la noche, si no llueve, los durmientes vuelven a ocupar sus bancos y se encogen entre las tinieblas.

Aquella mañana uno de ellos fue despertado bruscamente. Pasó más de un minuto antes de que el día turbio, incierto, tembloroso, penetrase en su conciencia. Entonces vio a los dos policías de paisano inclinados sobre él. Hizo un ademán de volver a recostarse, pero uno de los policías se lo impidió agarrándole por el pelo, y el otro le dijo:

“¿Dónde está el Africano?”.

“¿Y yo qué coño sé?”, escupió.

El policía le obligó a incorporarse:

“¿Cómo, pues tú lo conoces?”.

“¡Acabáis de despertarme, coño, tengo el estómago vacío!”.

“Vamos”.

Los tres hombres ocuparon una mesa del barecito. El vagabundo pidió un coñac, se lo bebió de un trago, pidió otro y se lo bebió también. Entonces uno de los policías puso ante él una fotografía de Arón.

El Pilas sintió cómo el calor agradable del coñac le bajaba por la garganta al estómago. Un aluvión de imágenes acudió a su cabeza al ver la fotografía.

“Este no es el Africano”, dijo por fin.

“Eso ya lo sabemos. ¿Cuándo fue la última vez que viste a este?”.

“En la cárcel”.

“¿Estás seguro de eso?”.

“Sí”.

Recordó el taller de la cárcel, con sus ventanitas y sus tubos fluorescentes. Pero el policía pareció dudar algo.

“Pues si le ves dile que lo vamos a encontrar”.

Antes de que pagaran aprovechó para pedir otro coñac y se lo bebió de golpe mientras ellos se alejaban.

Cuando el Pilas volvía al parque se le acercó un hombre bien vestido, de edad indefinida, que no parecía un policía, al menos del tipo que él conocía. Sin preguntarle nada, el hombre empezó a andar junto a él como abrumado por una gran pena.

Y el Pilas apretó el paso. De pronto echó a correr. Pero el desconocido no se despegaba de él. Corría a su lado en silencio, sin esfuerzo, estirando las piernas con flexibilidad y ligereza.

Al llegar a la fuente súbitamente se detuvieron. El extraño saltó fácilmente la pequeña verja que rodeaba a la estatua y se sentó junto a Neptuno.

“¿Qué coño quieres tú?”, le gritó el Pilas.

En vez de responderle, el desconocido empezó a elevarse en el aire hasta ponerse por encima de la cabeza mutilada, a unos cuatro metros del suelo.

“¿Tú también lo ves?”, gritó alguien junto al Pilas.

El extraño levitó aún más alto, hasta tocar los árboles con los pies.

“¿Tú también lo ves?”, repitió la voz, “¡espera, no te vayas, no te vayas!”.

El Pilas no esperó, echó a correr: cruzó la portezuela del parque, atravesó la calle, llegó hasta la Plaza de San Martín y continuó hasta el Puente de Venezuela sin pararse. El desconocido no se despegaba de él, sino que corría a su lado en silencio como abrumado por una gran tristeza.

VI

Eusebio recordaba la estancia de su padre en el hospital, rodeado de visitas: le traían libros, tabaco, chismorreos, ánimo. Al verlo procuraba disimular su alegría, su ternura: las arruguillas de los ojos se le adensaban en una telaraña cuando se reía; las manos, un poco hinchadas, vacilaban en el puño del bastón; y la barba flotaba sobre su cuello invisible.

Se levantaba temprano a desayunar. Punky lo contemplaba con ojos tristes, mientras las sombras de la habitación se aligeraban y se disolvían en veladuras violáceas.

El padre también acababa de desayunar y fumaba en la terraza del hospital. Hablaba de cosas remotas. La barba cuidada parecía flotar sobre su cuello.

Después Santa Cruz era un hervidero hasta que encontraban aparcamiento y podían deslizarse bajo los árboles.

Al rebasar la Cruz de Piedra, Arón sintió un dolor punzante en la espalda. Su rostro desencajado mostraba ya sin embargo determinación: ni remordimientos, ni arrepentimiento. Buscó un cigarrillo, lo prendió sin levantar el pie del acelerador y volvió a encender la radio.

Paró a comprar una lata de gasolina.

“¿Está bien?”.

El chico no insistió, Arón evitó mirarle a los ojos. Faltaban cinco minutos para la una.

En la entrada del Clavijo vio a Eusebio y tocó el claxon. Al instante el muchacho se volvió hacia él. El sol del mediodía dibujaba pequeñas manchas bajo las acacias:

“¡Hola!”.

Arrancó, y Eusebio lanzó una última mirada furtiva al grupo de muchachos.

En el hospital Arón se convirtió en la mano derecha de su padre. Cuando la parálisis le obligó a cambiar el bastón por una silla él fue su enfermero. Tenían mucho tiempo para hablar, sin embargo acabaron acostumbrándose a estar en silencio el uno junto al otro.

Arón atravesaba una buena racha. El último año de cárcel le había hecho reflexionar; parecía más maduro, incluso físicamente; estaba más gordo y tenía menos pelo. Cuando Concha lo contemplaba en aquellos días no podía disimular su orgullo y su temor. Necesitaba hablarle y tocarle, como si estuviese a punto de desvanecerse.

Por fin a Paco le dieron el alta, (en realidad lo desahuciaban, aunque él lo interpretó como el principio de su curación). Arón acondicionó el coche para poder llevarlo a la playa y a pasear: empujaba la silla hasta el borde del agua y le ayudaba a entrar aprovechando las olas, hasta casi sumergirse. Una vez dentro su cuerpo recuperaba su antigua agilidad: “¿lo ves?”, le gritaba, “¡dentro de poco podré andar!”.

Por aquel entonces la casa se convirtió en un hervidero de visitas. Todos querían ver el milagro, le traían libros, tabaco, ron... Los conocidos le llamaban por teléfono, los vecinos tocaban a la puerta.

Fueron días felices, llenos de esperanzas.

Arón aceptó incluso ser su secretario, y él le empezó a dictar sus memorias. Concha corregía las faltas y aprovechaba para curiosear entre aquellos recuerdos remotos, anteriores a ella. Le gustaba imaginárselo de chico, como un gitanillo corriendo por el campo, robando fruta. Cuando llegó al capítulo del amor su lectura se hizo más atenta, suspicaz.

Daba gusto verlos: padre e hijo sentados en la terraza; el perro tumbado a los pies, y al fondo las grandes montañas oscuras.

La urbanización donde vivían era una zona residencial cerca de la vega. Pocos años después, aquellos cortijos medio arruinados, vendidos a los especuladores, serían parcelados y construidos. Pero por aquella época aún conservaban su aspecto rural: un camino atravesaba los campos cultivados de maíz, tabaco, girasol, y no era raro cruzarse con un hato de ovejas o de cabras. Fue Paco quien le descubrió aquel camino; el padre, perseguido por los acreedores, se refugiaba en aquellos largos paseos con su hijo Arón, en aquel sucedáneo de campo que le recordaba su infancia entre acequias y árboles.

Cuando Paco empezó a delirar, Concha intentó sacarlo de su error; lo contradecía por cualquier motivo, hasta que se dio cuenta de que

aquel mundo que su marido se había construido lo aliviaba realmente, y comenzó a secundarlo en sus fantasías:

“Arón no ha venido del taller”, le decía Concha.

“Es muy competente”, aseguraba él.

“Sí. Desde pequeño le ha gustado la mecánica. ¿Te acuerdas cuando se nos paró el Peugeot?. No tendría ni siete años”, añadía.

Paco no se acordaba pero daba igual. Había mil ejemplos.

“Ayer me dijo que iba a pedir un aumento: espera, le aconsejé yo. ¿Has visto a su jefe alguna vez?”.

“¿Uno gordo?”, titubeó Concha, “¿con la nariz así?”.

“¡Sí, ese mismo!. El otro día me dijo confidencialmente que estaba buscando un socio como Arón. ¿Crees que debería advertírselo?”.

“Es algo delicado, depende. No sé cómo reaccionaría. A veces es muy imprudente”.

“Tienes razón. De todas formas tendré que decírselo tarde o temprano”.

“Espera un poco, a ver qué pasa”.

“De todas formas algo le he insinuado ya”, continuó Paco, “cuando le aconsejé que trabajara en los barcos rusos. Le hará falta dinero si decide asociarse...”.

“Es verdad. Por cierto, se ha vuelto ahorrador”.

“El único inconveniente es Julia Bethencourt...”, al oír esto Concha se asustó un poco, “una mujer puede hundir o lanzar al éxito a un hombre”, sentenció.

“Es verdad”, repitió Concha, “eso es cierto”.

“Aunque en este caso”, prosiguió Paco, “creo que ella está ejerciendo sobre él un efecto beneficioso, saludable: para empezar le ha obligado a estudiar, veremos...”.

“Parece buena chica”.

“Sí. Él quiere casarse ya, pero yo le he aconsejado que espere un poco. Podría pedirle un préstamo a su suegro para instalarse por su cuenta. El hombre se lo daría, pero no sé. Hay algo que no me gusta”.

“¿El qué?”.

“Se crearían con derechos sobre él y se inmiscuirían. Así se han roto muchos matrimonios”.

“Claro”, asintió Concha cada vez más preocupada, “claro”.

“Él no es mala persona: ha tenido que luchar mucho en la vida para llegar donde está, y creo que aprecia a nuestro hijo aunque aún no tenga formación universitaria. En nuestros tiempos nadie tenía formación universitaria, había que abrirse camino sin formación universitaria”.

“Podíamos invitarlos a comer algún día”, propuso Concha con los ojos brillantes.

“Sí. El día de mañana es claro y anchuroso”.

“Así yo podría conocer también a su mujer”, añadió.

“Es sumamente elegante y atractiva”.

“¿Y si no les gustamos, si no somos de su clase?”.

“Comemos en el jardín y luego damos un paseo y hablamos...”, dijo Paco.

Concha volvió brutalmente a la realidad.

Un día Arón le pidió a su padre el Longines de oro que llevaba desde su juventud. Su padre, el abuelo de Arón, se lo había regalado cuando se fue a estudiar a Madrid. “Si cuidas las apariencias”, le había dicho entonces, “llegarás lejos”. Paco le tenía mucho cariño porque le recordaba a su padre y aquella época de Madrid de su primera juventud: los paseos por el Retiro y La Gran Vía, los cócteles de Chicote, las librerías de segunda mano, los besos apresurados en los portales de Hortaleza y Cuatro Caminos. Más que un estudiante de Examen de Estado parecía un galán con aquellas chaquetas y aquellas corbatas con las que trataba de imitar a Albert Camús, con el eterno cigarrillo en la comisura de los labios y la expresión de absoluta soledad. Al pedirselo Arón se le vinieron todos aquellos recuerdos a la cabeza: estaba tumbado en su habitación de la pensión Cuatro Naciones leyendo una novela de Francois Mauriac, mientras el atardecer envolvía Madrid; “Madrid es una ciudad con un millón de cadáveres según las últimas estadísticas...”; para disimular el olor a tabaco tenía la ventana bien abierta a pesar del frío de noviembre apelmazado contra aquel cielo blanco y gris. Cuando Arón insistió en pedirle el reloj él se sobresaltó un poco, pero después de oírle su expresión se iluminó aun más:

“¿Por qué no me lo has pedido antes?. ¡Claro que te lo doy, cógelo!”.

Arón le abrió cuidadosamente la correa y se lo guardó con rapidez.

“¡Hay que celebrarlo, enseguida!. No pidas por él menos de doscientas mil pesetas, empieza por doscientas cincuenta mil, por trescientas mil”.

“Quizá necesite más dinero”, aventuró Arón, “mi socio quiere ampliar la nave...”.

“¡Por supuesto, por supuesto, por supuesto!. ¡Toma también la cadena, y toma el crucifijo!”.

“Si pudiéramos renovar la maquinaria”, insinuó Arón.

“¡Toma también la alianza!. ¡Véndela, véndelo todo, véndelo enseguida! Pero no se lo digas a tu madre, no se te ocurra decírselo”.

“No se lo diré, descuida”.

Cuando aquella noche Concha advirtió todo lo que le faltaba se quedó perpleja. No podía, no quería imaginar adónde había ido a parar. Lo interrogó en vano. Una sonrisa hermética, de poseer un secreto relativo al futuro, fue todo lo que le sacó.

Cuando empezó a perder el habla, Concha siguió poniéndole al corriente de aquellas fantasías. Se sentaba a su lado, le cogía la mano, le acariciaba la cabeza y empezaba a hablarle. Él la interrumpía con monosílabos, y su expresión recuperaba la vida y la ilusión antiguas: “Ayer conocí a la madre de Julia Bethencourt, y me dijo que está muy contenta...”.

“¿Sí?”.

“Sí. No es tan estirada como yo creía”.

Paco sonrió como si acabaran de confiarle una profecía íntima.

“Es una mujer sencilla, muy natural”.

“Bien”.

“Pero tú tenías razón, es mejor que no le pida dinero”.

La expresión de Paco se ensombreció por un momento. La miró interrogante.

“¡Oh, no es por nada!”, se aturulló Concha, “¿te creerás que ella me lo ha ofrecido?. Pero yo me acordé de lo que tú hablabas y le he dicho que no”.

El padre la miró aliviado.

“Gracias a Dios a nuestro hijo ya no le hace falta. Le va muy bien con su socio. Incluso están pensando ampliar el taller”.

Al ver que los ojos de Paco se abrían y brillaban un poco más, añadió:

“Ya ha devuelto casi la mitad del préstamo al Banco. Dentro de poco no tendrá más que beneficios”.

Así, Paco se quedaba dormido plácidamente y ella se liberaba de sus ilusiones. Pero entonces se ponía a llorar, se reprochaba aquellas mentiras y recordaba todos los objetos de valor que habían ido desapareciendo de la casa en el último mes. No quería hablar con su hijo, incluso lo rehuía. No era capaz.

Un día le describió a Paco el jardín de los Bethencourt:

“Es un jardín muy grande, rodeado de cipreses. Tiene una fuente con estatuas en el centro, y rosaledas, y ¿cómo se llaman esos arbolitos rojos?; bueno, no me acuerdo; detrás de la casa tienen una parcelita sembrada de césped desde donde se ve el mar...”.

“Y pájaros”, añadió Paco.

“Sí, también tienen una jaula con muchos pájaros exóticos. Nunca había visto tantos pájaros, nunca en mi vida...”.

Cuando Eusebio escuchaba aquellos relatos se enfadaba mucho con su madre, le lanzaba una mirada fulminante y salía dando un portazo.

Un día que Concha no estaba, su padre le pidió a él que le hablara del jardín de los Bethencourt, y Eusebio estalló:

“¡Papá, los Bethencourt no existen, y Arón no tiene ningún taller ni ha trabajado nunca en barcos rusos ni en nada; todo es mentira!”.

El padre lo miró atónito, anonadado, incapaz de reaccionar. Pero aquella noche, cuando todos dormían, estalló en sollozos: no comprendía cómo su hijo pequeño había podido engañarlo diciéndole aquello, y se prometió que al día siguiente hablaría con él. Pero por la mañana ya se le había olvidado.

Él mismo había paseado muchas veces por aquel jardín, y por cierto, los árboles rojos eran moreras.

Sin ir más lejos, aquella misma mañana había estado allí con Arón. ¡Claro que existía! El jardín era mucho más grande de lo que él recordaba. Pero buscó en vano los cipreses que, según Concha, lo rodeaban. Tampoco encontró la jaula, ni las moreras, y por un momento dudó, extrañado:

“¿Dónde?”, le preguntó.

“Es el Parque Bethencourt”, respondió Arón.

Entonces vio la fuente con su estatua de Neptuno, y el cenadorcito al que se accedía por unas escaleras, y los grandes árboles descuidados que hacían aquella sombra. Le extrañó un poco ver tanta gente pero, por otra parte, era normal que una familia como los Bethencourt diese fiestas en su jardín. También le sorprendió que la casa fuese tan

pequeña, pero asimismo eso tendría su explicación. Debería sorprendernos nuestra ignorancia y no el mundo.

Arón empujó la silla por los escalones hasta las mesitas del cenador. Un camarero le ayudó a retirar las sillas:

“¿Qué van a tomar?”, preguntó.

“¡Encantado!”, dijo el padre sonriendo.

El camarero miró a Arón y comprendió.

“Póngale un café con leche y a mí una Dorada”.

Mientras les servían, Paco buscó a Ernesto Bethencourt entre los demás invitados: había muchos turistas, albañiles, soldados, policías; era una gran fiesta de disfraces, la más grande que había visto en su vida. De pronto lo vio justo en la mesa de al lado: “¡Hola!”, le saludó.

Un hombre grueso, algo colorado, de ojillos vivaces y grandes bigotes, se volvió hacia ellos: “¡Zenquiú!”, les respondió. “¡Hola!”, insistió Paco. El hombre se removió entonces en su silla, inclinó la cabeza y repitió: “¡Zenquiú!”. En ese momento volvió el camarero.

Paco se quedó con las ganas de preguntarle a Ernesto Bethencourt por su mujer y por el negocio de solares del que le había hablado la semana pasada. Pero hubo algo más que desvió su atención:

Por encima de ellos, en el tupido dosel de ramas y hojas, resonó un murmullo de palomas y gorriones. Allí estaban los pájaros que él había visto un día en aquella jaula de bambú. Se le ocurrió una idea: que la jaula era tan grande que toda la ciudad bullía en su interior. Cuando se iban se volvió para despedirse, pero Ernesto Bethencourt ya no estaba.

En uno de los paseos se les acercó un invitado disfrazado de vagabundo. Arón y aquel se apartaron un poco para hablar. Hablaban tan deprisa y tan bajito que él no podía entenderlos. Al cabo se intercambiaron algo y el invitado desapareció rápidamente entre los árboles.

Mientras le esperaba, jugó a hacer una lista de palabras que le gustasen: “cometa”, “dirigible”, “rosaleda”, “bergamota”...

“¿Bien?”, le preguntó a Arón, ya de vuelta.

“Sí, muy bien”, le respondió éste.

En Madrid Paco era un muchacho de quince años que quería ser escritor. Tenía un cuaderno lleno de observaciones de la ciudad: mozos de carga, albañiles, putas, perros de ojos acuosos, curas; calles estrechas, calles anchas, avenidas con ópera, sin ópera, bodegas, droguerías, comisarías, tiendas de ultramarinos, plazas con tejados de pizarra... Cuando regresaba a la pensión, al anochecer, ordenaba todas aquellas líneas de contornos fantásticos, con las manos medio congeladas y los ojos hinchados, pero feliz.

Arón sacó de su bolsillo el longines, el crucifijo de oro y la alianza, y pidió por todo veinticinco mil pesetas. Diez, veinte, quince. Hubo un silencio tras el regateo. Mientras, el viejo, apartado junto a un banco, mascullaba: cometa, dirigible, rosaleda, bergamota... Pero algo debió llegarle de la conversación porque levantó la vista hacia ellos y les sonrió.

Por la mañana, aunque ya no recordaba lo que le había dicho Eusebio, pensó llevarlo al jardín de los Bethencourt. Pero aquel tenía un

examen de Física, y no entendió entre el cosquilleo de la barba lo que le decía, la palabra “jardín”.

Cuando Eusebio volvió del Instituto el padre le puso al corriente acerca de lo que entendía que era justo e injusto, como si inconscientemente presintiera que ya le quedaba muy poco tiempo: “no importa lo que hagas sino lo que seas”, empezó a decirle; “nunca te traiciones a ti mismo”. Y empezó a embarullarlo con citas de Spinoza: “cada ser debe cumplir su naturaleza; el león cazar, el pájaro volar; debes averiguar lo que tú eres...”. Eusebio lo escuchaba sorprendido, grave, con un nudo en la garganta: “no intentes comprender, se bueno, se tú. Bienaventurados los que aman la paz porque de ellos será la tierra; ¿me comprendes?. Me muero con pena...”. E inesperadamente añadió: “si volviera a nacer me gustaría ser Che Guevara”.

Concha corrió a por agua y medicinas para bajarle la fiebre. Entre los dos lo sacaron al balcón, y él pensó que estaba en el jardín de los Bethencourt y que de un momento a otro vendría el dueño con el mastín de color canela y una bandeja con refrescos.

“Está ardiendo, pero parece que va a bajar”. “¿Has oído cómo ha hablado?”. “Sí, voy a llamar al médico”. Lo dejaron solo. “Tú baja a comprar las medicinas”. Paco se quedó más tranquilo.

Al poco sonó el timbre.

“Estamos buscando a Arón. ¿Está aquí?”.

“No. ¿Qué pasa?”.

“Tenía que presentarse en el Juzgado”.

Concha miró furtivamente la carta sin abrir.

“¿Tiene idea de dónde puede estar su hijo?”.

“¡Dios mío!”.

“¿Podemos...?”.

Doña Concha les franqueó el paso y los dos policías se perdieron un momento en el interior de la casa. En ese intervalo volvió Eusebio.

Entonces uno de los hombres sacó un paquetito de su bolsillo y lo desenvolvió sobre la mesa:

“¿Lo reconoce usted?”.

“Sí, es mío”.

“¿Quién es él?”.

El policía señaló al hombre que acababa de descubrir sentado entre las cortinas de la terraza, inmóvil.

“Es mi marido”, suspiró.

“Estamos buscando a tu hermano”, dijo entonces volviéndose hacia Eusebio.

“Pues me ha traído del Instituto”.

De pronto el padre empezó a delirar: un tren estaba a punto de arrollarle. Por fin consiguieron acostarlo. Concha fue a buscar una bolsa de agua caliente y Eusebio le cogió las manos heladas.

Los policías se despidieron.

Ahora la niebla cubría los pinos: lamía los troncos, resbalaba y se deshacía en una gasa flotante. Arón conducía a toda velocidad sin reparar en las curvas ni en las pendientes cada vez mayores. A los pinos sucedieron las coníferas, las laderas desnudas, medio nevadas.

Eusebio abrió un libro y comenzó a leer en voz alta para su padre.

Hacia rato que éste había cerrado los ojos:

“Ven a la ventana, dulce es el aire nocturno,
desde la larga frontera de espuma
donde el mar encuentra a la tierra blanqueada
por la luna,
escucha, oye el rugido rechinante de los guijarros
que las olas se llevan y arrojan
al volver a la alta costa,
comienzan y cesan, y otra vez comienzan;
con trémula cadencia...”

Leía mecánicamente, sin comprender muy bien.

Ahora Paco dormía con expresión tranquila, plácida. Su padre se estaba muriendo sin sufrir.

Se despertó un momento. Ya no había luz en la ventana. Sintió la rigidez en las piernas, envolviéndole poco a poco, entre la sombra y la claridad; el cuerpo sin peso como en las noches estrelladas de su infancia. La fiebre desapareció.

Arón había sacado el coche de la carretera hasta un pequeño barranco. Bajó y se adentró entre los árboles. Cuando llevaba ya un rato caminando se detuvo a escuchar y por fin continuó corriendo ladera abajo.

VII

Después de aquella revelación brutal, Eusebio se prometió tener un poco más de paciencia y de tacto. Aunque todo aquello le parecía un contrasentido, incluso entreveía en ello algo inmoral, se hizo el propósito de no llevarle más la contraria a su padre: el viejo creía en la existencia de los Bethencourt y en todas aquellas historias fantásticas sobre Arón y él no iba a desengañarlo. Al contrario, si hacía falta él sería el primero en sacar de su propia fantasía para que su padre viviese feliz el tiempo que le quedase. Cuando se lo dijo a su madre ésta le miró con gesto de alivio e incredulidad. Madre e hijo se abrazaron llorando.

Muy pronto se le presentó la ocasión de poner en práctica su buena disposición: aquella misma mañana su padre lo llamó y le dijo:

“Vienen”.

Eusebio no entendió muy bien lo que quería decirle, de pronto cayó en la cuenta. Concha lo miró y asintió.

Lo que su padre quería decirle era que aquella tarde venían a visitarlos los Bethencourt.

“Vienen”, repitió radiante de alegría.

Concha intervino: “sí, vamos a prepararlo todo”, anunció. Madre e hijo salieron.

Arón había desaparecido, necesitaban cuatro actores para representar a un hombre, una mujer y dos jóvenes. “No podemos desengañarle ahora, anda, dame la guía de teléfonos”.

Concha le explicó lo que tenía que hacer, le dio todo el dinero que le quedaba y le deseó suerte.

Entretanto Paco dormía tranquilamente. Hasta el más pequeño músculo de su cuerpo estaba relajado, su expresión era de apacible serenidad.

Media hora después Eusebio estaba ante la puerta de la Compañía Shakespeare. Dudó un momento, antes de decidirse a entrar; bajó unas escaleras y se encontró en medio de una habitación compuesta por dos silloncitos de escay, una mesa baja con revistas y periódicos, un cenicero de pie y una puerta acristalada. Esta última se abrió y apareció un hombre vestido de una forma extraña: una gorra muy graciosa le tapaba la cabeza desproporcionadamente grande; el resto también parecía sacado del túnel del tiempo, una chaqueta de terciopelo verde ciruela con botoncitos dorados cuyas mangas apenas le cubrían los codos, unos pantalones de franela bastante gastados, unos zapatos graciosísimos del tipo que hace veinte o veinticinco años se llamaban tanques o bañeras.

“Perdone”, dijo Eusebio.

El hombrecito lo examinó en silencio antes de responder:

“¿Qué quiere?”.

Eusebio se dio cuenta de lo difícil que iba a ser explicarse. El hombrecito percibió su turbación y añadió:

“No se preocupe. Soy Wherter, el joven Wherter”.

“¡Ah!”.

“¿Ah?. ¿Eso es todo?”.

“Yo...”.

“¡Dígame qué le parece, sea sincero!”.

El actor giró sobre sí, saltó, cabrilleó y, tras una rápida reverencia, se quedó mirando fijamente a Eusebio. Éste balbuceó:

“Está bien”.

“Hay algo, no le gusta, dígamelo, qué, sea sincero como un espejo, afilado como un cuchillo, mordaz como una mujer”.

“¿Por qué no dejas al muchacho que se explique, Falstaff?”.

La voz atrajo a la vez la atención de ambos hacia la puerta. El hombrecito protestó:

“¡Te he dicho que no me llames Fatstaff, no me gusta!”.

“¡Te llamaré como me dé la gana! ¡Y ahora deja que el muchacho hable!”.

La mujer que acababa de decir esto era aún más baja que el hombre, y su fisonomía aún más extraordinaria.

“¡Pues que hable!”, chilló Falsthaff, “¡pues que hable!”.

Pero la mujer lo ignoró, concentrando toda su atención en el muchacho.

Entretanto Concha había arreglado a Paco para tomar el té: pañuelo de seda, camisa del mismo material, pantalones de mil rallas, zapatos relucientes como espejos, bastón con puño de plata... Después desempolvó las pocas tazas de porcelana que les quedaban, (el resto, la cubertería de plata, e incluso los azucareros y las cucharitas de alpaca, hacía tiempo que habían volado). Puso el mantel más decente que tenían y, conteniendo las lágrimas, se sentó junto a su marido a esperar, llena de inquietud.

Estaba tan enfrascada en todos aquellos preparativos que, sin darse cuenta, también se había ilusionado con aquella visita de los Bethencourt.

Por fin sonó el timbre de la puerta. El corazón le dio un vuelco. Cuando pasó junto a él Paco le apretó la mano con fuerza.

El hombrecito dio un paso hacia delante inclinando la cabeza:

“Somos Ernesto Bethencourt y señora”, anunció.

La mujer que lo acompañaba le dio una patada en las espinillas:

“Perdone usted, no le haga usted caso”, dijo.

Concha sonrió, miró a su hijo sin apartarse aun de la entrada.

“Hola”, le dijo Eusebio.

Después, cuando Concha intentaba recordar, le resultaba muy difícil. Aunque no era una mujer muy observadora no era normal que no recordase ni el color de la ropa ni los zapatos. Del hombre tenía una imagen aún más confusa porque no había parado de hablar en toda la tarde; a veces le parecía que tenía un bigotito negro y puntiagudo, otras una perilla y patillas postizas. A la mujer, cuya imagen también se le

escurría como un pez, y que no había parado de darle patadas por debajo de la mesa en toda la reunión, la recordaba algo mejor, sobretodo su chepa y sus manos diminutas y cetrinas: los Bethencourt eran unos enanos.

Nada más entrar, Ernesto Bethencourt se dirigió hacia Paco dando saltitos sin que Ernelinda, su mujer, lograra impedirselo a tiempo. Hechas todas las presentaciones, Concha se disculpó y Eusebio la acompañó hasta la cocina cerrando la puerta tras ella:

“¿Pero qué les has dicho?”.

“Todo”.

“¿Y los demás actores?”.

“No había más actores”.

En ese momento Ernelinda se reía, tratando de contener sus ganas de emprenderla a puñetazos con su marido que había empezado a contar una de sus historias.

Cuando Concha volvió poco después con el té, descubrió que la única cucharilla de plata que le quedaba junto al azucarero acababa de desaparecer. Entonces el señor Bethencourt comentó:

“Esta es la mejor época del año para navegar”.

Mientras, su mano regordeta jugaba con la cucharilla, que estaba a buen recaudo en el fondo de su bolsillo.

Arón se dejó caer por una pendiente arañándose manos y cara. Al final había un barranco que sólo se podía cruzar rodeándolo por una vereda desde la que alcanzaba a verse el mar, entre las nubes.

De pronto se preguntó qué estaba haciendo, por qué huía, y sobre todo por qué había elegido aquel absurdo camino que no llevaba a ninguna parte.

“Debo de estar loco”, pensó, “la única forma de escapar de esta isla es por mar”.

Se imaginó el aeropuerto lleno de policías buscándole, con su descripción y su retrato, sintió curiosidad por saber qué dirían los periódicos de la mañana si lo cogían en el aeropuerto.

“Y subir y quemar el coche no había estado mal pensado de no ser por un pequeño detalle: que el fuego llamaría enseguida la atención en aquel monte tan oscuro, y en menos de media hora tendría tras de mí a los policías y los perros”. Había hecho bien escondiendo el coche en aquel lugar apartado de la carretera principal.

Mientras reflexionaba sobre esto el sol, cada vez más bajo, iba alargando las sombras de los árboles.

Trazó rápidamente el siguiente plan: llegaría después de anochecer a algún puertecito de pescadores, allí robaría una barca, a ser posible a motor, y con ella se haría a la mar. Con un poco de suerte, antes de que encontraran el coche ya habría alcanzado las costas de África. Era más fácil que intentar burlar a la policía del aeropuerto, y más seguro que buscar un escondrijo en el monte donde tarde o temprano los perros lo encontrarían una vez descubierto el coche.

Tan enfrascado iba en estos pensamientos que no se dio cuenta de que hacía rato que había dejado atrás el barranco y otro bosquecito, y que ahora andaba a trompicones entre los árboles de una huerta, al amparo incierto de la oscuridad. Miró al cielo. No había luna, eso era bueno y era malo: Arón no sabía orientarse por las estrellas.

De todas formas, en cuanto encontrara una barca la arrastraría mar adentro. La corriente lo llevaría hasta África, con un poco de suerte. No tenía otra opción.

Mientras, se deslizaba entre los árboles, cruzaba surcos, empalizadas, patios y más surcos, cada vez más cerca del mar.

No cayó en la cuenta de que no se había encontrado con ningún perro en su camino: los animales huían mucho antes de verlo aparecer, al percibir su olor, despavoridos como si hubiesen visto a la muerte.

La razón de este terror era el hombre bien vestido y de edad indefinida que corría, casi flotaba, junto a Arón como su sombra. Éste no lo había notado aunque corrían tan juntos como un hombre y su sombra por los campos desiertos.

“¡Esa no es la cuestión!”, dijo Falstaff por enésima vez. “¡La cuestión es, si se me permite decirlo, la cuestión es si existe o no existe Dios!”. Ernelinda pensó que su marido había perdido el juicio y trató de propinarle una bofetada. Pero él la esquivó ágilmente, sin dejar de hablar, mirando a su izquierda y a su derecha: “Ta quis de question, esa es la cuestión. Yo también he perdido mi antigua alegría y he dejado

mis viejas labores, y la tierra con toda su pompa me parece un montecito”, soltó una risilla.

“¿Por qué no te callas de una vez ya, cállate ya?”, estalló Ernelinda.

Hacia rato que Paco tenía los ojos cerrados y la cabeza, pesada y voluminosa, le colgaba hacia delante, ocultos boca y nariz entre los rizos de la barba. Pero de súbito se incorporó y miró a los presentes como sorprendidos. Concha se asustó, y Eusebio comentó que quizá quisiera descansar, con la esperanza de disolver la reunión.

El viejo frunció los labios y dijo:

“Jardín”.

“Perdónenme”, intervino Concha rápidamente, “le ha hablado tanto de su jardín de ustedes que no piensa en otra cosa. ¿No podrían...?”.

Los falsos Bethencourt se miraron: “¡Tú primero, por favor!”, dijo Falstaff; “¡faltaría más!”, le respondió Ernelinda, “empieza tú”; “¡de ningún modo!”, insistió aquel; “¡que empieces tú te digo!”, le gritó la mujer. Y Falstaff Bethencourt empezó:

“Pues sí, tenemos un jardín muy bonito”, dijo, y poco a poco fue animándose; “un jardín muy bonito con muchos cocodrilos y palmeras. ¿Qué le parece”, casi cuchicheó, “¿cómo?”, dijo acercándose, “cipreses, no tenemos cipreses, no tenemos cipreses, no tenemos, lo siento”.

“Moreras”, dijo Paco.

“¡Moreras, cuando se ha visto un jardín que se precie que tenga moreras, esos árboles sucios, oiga, un jardín de categoría!. ¿Ha oído hablar de Babilonia?”.

Todos estaban suspensos, estupefactos, aturdidos.

“Pues sí tenemos un río. ¿Le gustan las cerezas?. También tenemos cerezos. Le traeré cerezas la próxima primavera”.

Arón llegó a un muro bajo que parecía separar dos huertecitas. La oscuridad apenas le dejaba ver. Iba a saltarlo cuando oyó voces al otro lado, y casi se desmaya de la impresión.

“¡Te digo que lo he oído por allí!”, dijo una voz.

“¡Chissst! Creo que se han parado”.

“Ladrones”.

Arón retrocedió, tropezó con una rama y echó a correr hacia la casa. Un cortejo de sombras hululantes le perseguía. “¡Allí están!”, oyó tras él. Después sonó el disparo de una escopeta de cazador. El segundo disparo le silbó junto al oído pero el tercero le dio en la pierna. Aun así siguió corriendo hacia la casa.

Una vez allí la rodeó, se deslizó tras un pequeño cobertizo, y se ocultó entre un montón de chatarra. Sus perseguidores se detuvieron seguramente desconcertados.

En un rincón, junto a una lata de gasolina, había una bicicleta. Arón la arrastró en carrerilla hacia la puerta y comenzó a gritar:

“¡Hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta!”.

Sus perseguidores, casi arrollados, paralizados, sorprendidos, no acertaron a dispararle cuando pasó. Lo vieron impotentes alejarse dando tumbos sobre los surcos invisibles, con la pierna herida.

Tras las últimas palabras de Ernesto Bethencourt se produjo una situación confusa: Paco intentó levantarse; se veía con claridad que trataba de decir algo sumamente importante para él y que la lengua no le obedecía; por fin consiguió gritar “¡impostores!”, y cayó abatido sobre la silla de la que había logrado desprenderse unos centímetros.

Concha corrió hacia él con un paño húmedo y se lo puso en la frente. “¡Está ardiendo!”, exclamó. Eusebio también se acercó a su padre, le buscó el pulso y empezó a contar: de pronto se aceleraba, de pronto parecía detenerse.

Despejaron el sillón para tumbarlo, lo cubrieron con una manta. Pero Paco volvió a clavar los ojos en el señor Bethencourt y repitió: “¡impostores, impostores!”, dominando a duras penas la tos y las pequeñas convulsiones que empezaban a sacudirlo.

Paco creyó que tenía delante a su antiguo socio, Augusto Palomares. Ni la baja estatura, ni la cabeza, ni las piernas, ni los brazos, ni la expresión bastaban para disuadirle. Todas aquellas deformidades debían ser fruto de su imaginación. Permaneció largo rato observándole detenidamente: de pronto la figura de su antiguo socio empezó a emerger del cuerpo de Falstaff; la voluminosa cabeza se achicó transfiriendo parte de su masa al cuello; los ojos y la boca se redujeron y se llenaron de inocencia; piernas y brazos recuperaron sus proporciones antiguas, su antigua robustez; la cintura se le ensanchó encaramándosele al pecho y aproximando los hombros en aquel gesto de encogimiento tan característico de su antiguo amigo; no había duda de que era él.

Falstaff retrocedió un paso. Ya fuera por efecto de este movimiento instintivo o porque el puzle de su cabeza empezaba a encajar, la imagen de su antiguo socio se desvaneció desvelando otra vez la de Falstaff.

“¡Impostor!”, repitió.

Augusto Palomares. Él había abandonado a aquel hombre, el hombre más bueno que conociera, y su amigo. La escena, revivida mil veces, volvió a representársele con toda nitidez.

La estación, el cielo, las voces, la gente; al alejarse parecían diminutas, como de juguete; la caseta de la estación, los arbolitos, su socio; fueron tragados por la distancia. Después él siempre sospechó que Palomares sabía lo de su pequeño desfalco, pero no indagó, ¿por qué?

“¡Impostores!”, repitió.

En ese momento la señora Bethencourt lanzó su taza de té vacía contra su marido. A continuación empezaron a volar en la misma dirección el plato, el azucarero, la tetera, los cubiertos, y todo lo que encontró a su alcance, aunque no logró dar en el blanco. Mientras trataba de descalabrarlo le escupía los insultos más soeces.

Falstaff se había agachado e intentaba de esquivar las patadas que le llovían bajo la mesa, entre los restos de la vajilla y los cubiertos desperdigados por el suelo, y declamaba:

“¡Venid, espíritus que ayudáis los pensamientos asesinos, despojadme de mi sexo, y de arriba abajo infiltradme la crueldad más implacable...!”.

“¡Te voy a matar cabrón, hijo de puta!”.

“¡Prestadme sangre fría, detened el paso al remordimiento para que ni un solo punto de compunción agite mi propósito sanguinario ni evite su realización!”.

“¡Ven aquí que te mate, hijo de...!”.

“¡Acorredme, vosotros los ministros del crimen, donde quiera que en vuestra invisible esencia os halléis...!”, aulló, “¡convertid en hiel la leche de mis senos de mujer!”.

“¡Desgraciado, desgraciado!”, le gritó Ernelinda llorando de rabia; “¡so maricón!”. Y logró por fin darle una patada, pero sin impedir que prosiguiera:

“¡Ven, negra noche, y envuélvete como en sudario con el humo infernal más denso, para que mi vehemente puñal no vea las heridas que causa, ni el cielo atisbe a través del manto de las tinieblas...Aaayy!”.

Paco ya había cerrado los ojos y dormía cuando sonó el timbre de la puerta.

Hacia rato que Arón ya no escuchaba los gritos de sus rezagados perseguidores, y ahora cabrilleaba por una pendiente tratando de alcanzar el borde de la carretera sin romper la bicicleta. Estaba en una zona despoblada, en medio de una oscuridad completa. El rumor del mar se escuchaba próximo, al fondo de lo que parecía un barranco.

Una vez en la carretera se detuvo, examinó el pie que le sangraba un poco; improvisó un torniquete con un calcetín y empezó a pedalear (pues la bicicleta estaba milagrosamente intacta), hacia el mar.

Y Maira también estaba enamorada de Eusebio pero se lo callaba prudentemente. Como suele ocurrir, ambos temían que el otro no correspondería a unos sentimientos para los que ellos mismos no encontraban explicación; temían el escarnio y el ridículo.

Maira esperaba que fuera Eusebio quien diese el primer paso y éste, a su vez, esperaba que fuese ella.

Aquel día, sin embargo, Eusebio la miró de una forma especial, o al menos a ella así se lo pareció. Mientras la miraba, Eusebio estaba pensando en lo bonito que sería hacer un viaje en barco, y a Maira le pareció la mirada más ardiente del mundo.

Llegó a la conclusión de que Eusebio era muy tímido y que ahí residía su encanto, y preparó un plan: cuando volviesen se sentaría junto a él en el autobús. Pero entonces se presentó inesperadamente Arón y se lo llevó en su coche.

Este pequeño contratiempo no la había desanimado sin embargo, sino que reavivó aún más sus deseos de verse a solas con él. Eusebio permanecía ignorante del terremoto que había provocado con aquella mirada. Por eso cuando el timbre interrumpió la escena que acabamos de describir ni se le pasó por la imaginación que Maira estaba al otro lado de la puerta, apoyándose en un pie y luego en el otro, con el libro Hojas de Hierba en el bolsillo del abrigo de salir, y cara de circunstancias. Por su parte, Maira estaba tan nerviosa que no reparó en los ruidos que provenían de la casa: el estrépito de la vajilla al destrozarse contra el suelo; los gritos de Ernelinda; las réplicas de su marido; el ruido de las sillas y la mesa al ser arrastradas, como objetos

contundentes, improvisados parapetos. Por dos veces volvió hacia el ascensor para regresar de nuevo ante la puerta de la casa más indecisa aún que la vez anterior, hecha un lío, apoyándose en un pie y luego en el otro, con aquel libro de poemas en el bolsillo.

Todos los que estaban en la casa quedaron en suspenso hasta que Eusebio dio un paso hacia la puerta tropezando con una silla. Falstaff se levantó y dijo: "¡la policía!". Pero al ver a la joven su rostro se iluminó.

Ernelinda, ya recuperada pero roja de vergüenza, recogía los restos de la vajilla y ordenaba el mobiliario, deshaciéndose en disculpas. De vez en cuando miraba rápidamente a la joven con el rabillo del ojo, suspiraba.

Concha se inclinó sobre su marido que acababa de despertar, sonrió y le dijo que los Bethencourt se iban ya.

Eusebio y Maira se habían deslizado hasta una de las habitaciones interiores. Antes de que Eusebio se explicara, Maira se acercó y le dio un beso.

Los dos jóvenes permanecieron un rato en silencio, uno frente al otro.

"Te he traído esto", dijo ella.

Eusebio tomó el libro: "gracias". Se acercó un poco más, pero un nuevo tumulto los interrumpió.

Ernelinda estaba tendida en un sillón y Concha se había apostado frente a la puerta: "¡ladrones, ladrones!", gritaba.

"¡Señora!", le replicó Falstaff; "¿a quién está llamando ladrones?".

“¿Cómo tiene la desfachatez de preguntarlo? ¡Vacíe los bolsillos y lo verá!”.

En efecto, los bolsillos del señor Bethencourt sobresalían a punto de estallar, como si guardasen sendos membrillos, pero él permanecía tan fresco como si realmente los llevase vacíos.

“¡Señora!”, insistió aquel.

“¡Canalla, sinvergüenza, cabrón!”, le gritó Ernelinda; “¡haz lo que te dice la señora, vacía los bolsillos, muestra lo que llevas en ellos para que todos vean la clase de sabandija que eres, ladrón!”

“¡Yo no tengo nada que mostrar!”, replicó con toda naturalidad, tan fresco como una rosa.

Y entonces ocurrió algo que sorprendió a todos: dando un paso hacia Falstaff, Eusebio se inclinó y le ordenó:

“¡Hazlo!”.

Se hizo un silencio tenso, expectante. Por fin Falstaff obedeció: uno a uno fueron apareciendo sobre la mesa todos los cubiertos que había robado aprovechando la confusión.

“¡Fuera de aquí!”.

El señor Bethencourt se plantó de una zancada en la puerta sin pensárselo dos veces, pero una vez allí se volvió y aun protestó:

“¡Nunca me habían insultado...!”.

Antes de que terminara la frase, Ernelinda se abalanzó contra él con un cuchillo de untar mantequilla que acababa de coger de la mesa.

Durante un minuto se oyeron sus voces persiguiéndose escaleras abajo. Falstaff había devuelto todos los cubiertos excepto la cucharilla

de plata que tomara al principio como recuerdo, que seguía en su bolsillo.

VIII

El jardín ofrecía un aspecto delicioso a finales de octubre, cuando Arón llevara a pasear a su padre recién salido del hospital. Sin embargo aquella mañana, dos meses después, aún parecía más hermoso: los árboles, los bancos mojados, los pájaros, los arbustos, todo semejaba lleno de vida. La gente que paseaba, que cruzaba el parque, estaba llena de alegría de vivir. Una armonía secreta lo envolvía todo, como si el mundo por fin se hubiese sacudido su vetustez. Limpias y blancas nubes cruzaban el cielo inmaculado, semejando trozos de algodón.

Junto a las escaleras del cenador, en un banco algo escondido, dos jóvenes se contemplaban en silencio. Llevaban así un buen rato. Por fin ella habló:

“¿No vais a decirle nada?”.

Eusebio denegó con la cabeza:

“No serviría de nada”.

“Pero entonces...”

Al oírlos Paco levantó la cabeza y los miró sorprendido. Eusebio se entristeció al comprobar una vez más cómo había desmejorado su padre en las últimas semanas: su rostro seco entre la barba abundante parecía casi mineral.

“No serviría de nada”, repitió.

Maira asintió, cogió su mano y los dos volvieron a quedar en silencio.

Desde la visita de los Bethencourt no habían conseguido que el padre saliera de su mutismo, de aquella melancolía que lo carcomía. Los médicos lo habían achacado al progreso de la enfermedad pero todos sabían que en el fondo lo roía una desilusión profunda e incurable. Tal vez por la desaparición de Arón, para la cual su fantasía ya no encontraba ninguna excusa; o tal vez por el descubrimiento de que los Bethencourt también eran un producto de su fantasía, (como don Quijote, vuelto en su lecho de muerte brutalmente a la realidad de los molinos de viento); tal vez porque presintiera que su vida se acortaba, pendiente ya de un hilo, y que cada palabra inútil era un pecado, un derroche imperdonable.

Sin embargo, sus sentidos se habían agudizado hasta el extremo de volvérselo dolorosos. Lo que para los demás mortales, con todo el futuro por delante, era una confusión de olores, ruidos, formas, luces, colores, a él se le presentaba nítidamente como una trama nueva y armoniosa: cada sensación, aparentemente casual y fragmentaria, poseía en realidad su sentido secreto, como un signo del gran mensaje que era el mundo, un mensaje que los hombres no podían escuchar, aturdidos, engañados por las palabras. Así que aquel mutismo era su manera, la única posible, de hablar con Dios.

Por ejemplo, aquella mañana en el Parque Bethencourt habló con Dios:

Dios: soplo suave sobre las hojas oscuras, olor a mar, niños jugando con tierra.

Paco: alboroto de gorriones sobre las ramas.

Dios: camiones cubiertos con toldos amarillos y letras negras.

Paco: gorriones y palomas, como en el huerto de Getsemaní.

Dios: la muerte no existe, guardabarros rozando las faldas de las muchachas.

Paco: gracias Dios mío.

Ya no necesitaba a los Bethencourt ni tampoco a Arón. Cuando hablaban de ellos en su presencia, pensando que él dormía, ya ni los escuchaba. Siempre había algo que le distraía: el tintineo de una taza, el golpe de una puerta, el ladrido lejano de un perro. Los primeros días oyó algo de una barca y un naufragio, sólo habían encontrado una chaqueta y un zapato. Pero Paco no se entristeció, aunque sabía que Arón había muerto. No pensaba en él como en un hijo joven con futuro sino como en una parte del mundo, igual que las hojas y los pájaros, destinada a desprenderse en la Eternidad.

Concha se sentía inútil. De pronto había perdido la capacidad de aliviar su sufrimiento y los días le parecían interminables, como si cumplierse una condena. Aunque seguía ocupándose de sus comidas, de lavarlo, de vestirlo, de llevarlo al baño y a pasear, todo aquello podía hacerlo tan bien o incluso mejor una enfermera. De alguna forma ella ya no estaba allí con Paco, ya no era necesaria al no ser necesaria su imaginación.

Al menos su marido, hasta donde Concha podía intuir, no le guardaba rencor. No tanto porque la hubiese perdonado sino porque vivía ya en otro mundo desde aquella visita, un mundo cuyas reglas ella nunca podría comprender. Al principio él la había preocupado con sus ausencias, con aquel abismarse cada vez más frecuente por una piedrecita, por el ruido de unos pasos, por una mosca. Pero acabó por hacerse a la idea: el hombre con el que había pasado casi toda su vida ya no existía, ya no estaba allí; en su lugar había un niño.

Cuando le dijeron que Arón había desaparecido no tuvo a nadie con quien desahogarse. Intentó sobrevivir a aquel vacío: de pronto el punto, las agujas, el libro, el autodefinido, caían en su regazo desplomados como un niño muerto y rompía a llorar silenciosamente, inconsolable.

En plena noche se despertaba angustiada porque no habían encontrado el cuerpo de su hijo al que no había podido enterrar. Las olas lo levantarían y lo hundirían por el resto de la eternidad; sería pasto de los peces; palidecería en las profundidades marinas o amarillearía cerca de la superficie bajo el sol; sería pelado por los animales y juguete de las corrientes, para acabar irreconocible en alguna playa remota entre un montón de conchas, algas y estrellas.

Concha ya no pedía a Dios que se lo devolviese vivo sino que le trajese su cuerpo para enterrarlo. Sólo pedía un rincón donde poder rezar por él en paz.

Eusebio tampoco la podía consolar. Cada vez paraba menos en casa. Había dejado súbitamente de ser un niño. Concha había perdido

al mismo tiempo a los dos hijos, uno arrebatado por la vida y el otro por la muerte.

Aquella mañana los dos jóvenes paseaban al padre por el Parque Bethencourt. Eusebio empujaba la silla suavemente, procurando evitar las piedras y los hoyos para que el padre, a quien creía dormido, no se despertara. Maira iba a su lado con un libro y una manta ligera, de viaje, por si a Paco le entraba frío. Aún no había mucha gente. Los bancos estaban empapados por la humedad de la noche pasada.

Era cierto que Eusebio parecía otra persona con aquella ropa nueva, la cara y la barbilla afeitadas, la expresión autosuficiente y soñadora. Se había acostado niño y se había levantado hombre: se había vuelto escrupuloso y exigente; se había dado cuenta de que su vida dependía más de sus gestos que de sus decisiones; le parecía que podía mirar al futuro, incluso a la muerte, de frente, cara a cara, y asomarse al pasado con condescendencia; se sentía feliz; pensaba, aunque sin pararse mucho en ello, que su generación lo haría mejor que las que la habían precedido, incurriendo una y otra vez en los mismos errores; le encantaban Bukovski y Elton John y detestaba a los Beatles y a los Rolin Stons, horteras trasnochados; Maira era maravillosa...

A veces esta fe aparentemente incommovible se tambaleaba por un momento: cuando la respiración de su padre se hacía más agitaba, cuando su madre lloraba, cuando pensaba en Arón (cuya imagen ya empezaba a desdibujársele en la memoria). Pero sólo era un momento de duda, de flaqueza.

Los dos jóvenes miraban al viejo sentado bajo un haz de sol sin lograr imaginar lo que pasaba por su interior: Paco recordaba la humedad del césped de la Universidad de La Laguna un día, hacía muchos años.

Dios: ruido del tráfico, fachadas descoloridas por el sol y por el mar.

Paco: mi cuerpo sin peso entre las olas como un trocito de corcho.

Dios: más gente paseando, leyendo contrita el periódico, recién afeitada.

Paco: me hundo, me levanto, me hundo.

Dios: tañidos de campanas rompiendo contra los tejados.

Paco: Arón.

Dios: olor a fritada, asfalto, tierra, en el vaivén de la mañana.

Paco: en el mar sin memoria.

Antes de morir el padre vio pasar ante él toda su vida: vio las sierras, los pinares, las ciudades, las habitaciones, las carreteras, los rostros, los cuerpos, el mar; escuchó la lluvia, el rompeolas, el viento, el tren, su propia voz; percibió los olores que le habían acompañado toda su vida: la tierra, la carne, los cuartos cerrados, el sueño, las comidas entre voces de los patios; se sintió solo; por último vio a Arón inclinado sobre él con su rostro de ahogado, y desfalleció.

El hombre bien trajeado se había cruzado muchas veces con él en el Parque Bethencourt, pero Arón nunca había reparado en su presencia. Iba pensando en sus cosas, sumido en sus preocupaciones, y sólo prestaba atención cuando aparecía la policía. Además aquel hombre,

que debía haber sobrepasado ya la juventud, nunca intentó entablar conversación con Arón.

Había estado muchas veces a su lado, si bien de una forma imperceptible: cuando esperaba acodado en la ventana de su clase, fumando, con mirada vidriosa; cuando escapaba en moto de la policía; cuando se emborrachaba y le daba por bailar sobre las mesas de billar; cuando deambulaba al anochecer por los Jardines Bethencourt; cuando mató al Africano y le robó y luego se escondió en las escaleras; y ahora que se adentraba en el mar remando muy muy despacito para que no se vieran los anillos de espuma desde la playa.

Estaba sentado en el otro extremo de la barca a punto de aparecérselo como un fantasma, aunque no era un fantasma ni un espíritu ni nada que hubiese estado nunca vivo.

Arón soltó un instante los remos para frotarse el pie que le dolía mucho. Estaba muy hinchado aunque ya no sangraba. Fue sólo un momento pero la barca estuvo a punto de volcar. Entonces vio los zapatos relucientes, los pantalones impecables, la chaqueta sport, y por último el rostro cadavérico y sonriente como una máscara:

“Será mejor que no sueltes eso”, le aconsejó el desconocido, “si no quieres que nos ahogemos antes de tiempo”.

“¿Quién es usted?”.

En ese momento una ola batió con fuerza contra la barca haciéndola girar. Arón se quitó la chaqueta y un zapato para saltar. Pero cuando iba a quitarse el otro el extraño gritó: “¡ya!”; y una segunda

ola aún más grande que la anterior los levantó por el aire, dejándolos caer y haciendo saltar los remos hechos añicos.

De pronto todo quedó en silencio, extrañamente tranquilo. Arón vio al desconocido y comprendió que debía seguirle sin hacerle más preguntas y se quitó el otro zapato para andar mejor tras él.

El recién llegado entró en el jardín. Las ortigas lo habían invadido. Una piedra caída; ladrillos rotos de la última obra; papeles dispersados caprichosamente. Algunas ventanas estaban rotas. Apilado junto a la puerta principal, un montón de periódicos. Antes de empujarla, dudó. Los escalones bailaban inseguros. En los pasillos se oían los ruidos del abandono: las corrientes de aire, las puertas, las ventanas vencidas. Alguien había ahumado las paredes renegridas entre sombras prisioneras, de pronto liberadas. Avanzó sorteando, adivinando los obstáculos en la penumbra, como si saliera de un cine antes de tiempo. Avanzó con seguridad, como quien tiene un objetivo claro e ineludible. Podía volver, tras un impulso súbito, a otro tiempo que no aparecía aquietado sino destruido allí. Pensó, con sarcasmo, que aquel pasillo en otro tiempo luminoso, frío, alborotado, contenía un secreto no desvelado entonces. Que él había vuelto, aunque fuese inútil, para desvelarlo. El sol entraba por las ventanas rotas que no habían sido condenadas, o cuyos tablones, clavados trabajosamente, habían sido desprendidos, apartados hacía tiempo por el propio abandono. Se detuvo junto a una puerta alta, pintada de negro, presidida por un rótulo borroso. Cuando su vista se adaptó a la oscuridad aún más densa del interior, pudo

distinguir los pupitres y la pizarra, que a diferencia de los muebles del pasillo, permanecían extrañamente intactos, como a la espera de ser ocupados en cualquier momento. La única ventana torcida daba a una zona umbría. De vez en cuando una baldosa polvorienta cedía, bailaba bajo su peso, para volver a su posición, a su silencio perturbado.

Entonces se acercó a la ventana. Las tablas, podridas, cedieron enseguida; y el sol entró, por primera vez en muchos años, en aquel aula inmóvil. Seguían viéndose las montañas de las Mercedes clavadas en el horizonte, entre nubarrones. La ciudad no había crecido por allí. Alguna torre nueva destacaba, limpia y solitaria, en el cielo. El jardín, desdibujado entre cascotes y hierbajos. La estatua, chata y sin color. Las copas de los árboles, medio ahogados por los setos, que asomaban anárquicamente sus ramas a la calle. Giró. El polvo flotaba ante la pizarra, de un color de alberca.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. La vida militar le había acostumbrado a los sobresaltos de la rutina: a desvelarse por los detalles, a observarse con minuciosidad. En vez de una juventud despreocupada de universitario había tenido una juventud en la que una arruga, una mancha en los zapatos, una leve sombra en la barba, un minuto, suponían una infracción. Uno acaba acostumbrándose a casi todo. Al principio le había costado renunciar a su idea romántica del Ejército. Comprobó que la camaradería, que sin duda emerge en los momentos de crisis, brillaba por su ausencia en la vida de cuartel, donde todos eran extraños. Sus cartas a M. se volvieron formularias

descripciones de una vida tan previsible y gris que resultaba fantástica e inverosímil. Sin darse cuenta estaba construyendo su propia soledad. En aquellos días iguales, detenidos en una espera sin objeto, la única salvación estribaba en lo que pasaría en el mundo exterior. Alguna vez los movilizaron para sofocar un incendio o evacuar un pueblecito remoto. Fueron sus únicas aventuras de soldado, antes de que M. desapareciera de su vida. De pronto estaba tan solo que pensó dejar aquella vida sin esperanza. Se escapó del cuartel para encontrarse finalmente con *el otro* y, lo que era peor, sin nada que decir. Durante su arresto llegó a una conclusión importante: que había tomado una opción irreversible cuya única salida, si es que existía, estaba al final del túnel. Aquel otoño superó las pruebas para el ingreso en la Academia de San Fernando. Los días de permiso previos los dedicó a intentar reconciliarse con aquel pasado suyo irrecuperable. Recorrió las calles de La Laguna, fue al Instituto, que ya mostraba signos perceptibles de ruina, a la dársena de Santa Cruz, al Jardín de los Bethencourt, -como lo llamaba su padre-, a la Plaza del Adelantado, a la carretera de las Mercedes, -el rompeolas de sus paseos de adolescente-. Ya no se hacía ilusiones como al principio, a su entrada en el cuartel: sabía que sólo cambiaba una rutina por otra incluso más asfixiante, encerrada en el perímetro de un barco, rodeada por el océano, estancada durante meses interminables en algún puerto sin interés. No le importaba. Miraba más allá. Sus excursiones no resucitaron sus temores ni le sumieron en la nostalgia. Se dio cuenta por primera vez de que la única salida estribaba en sumergirse en los detalles, cuanto más

fútiles y anodinos fuesen mejor: comprobar que sus zapatos estaban siempre relucientes; su corbata, pantalones, chaqueta, y gorra impecables; su reloj, su arma, su pelo y sus uñas, según el reglamento. Un sinfín de tareas menudas empezó desde entonces a llenar su tiempo. Lo que otrora fueran tareas fastidiosas e inútiles se convirtió en su tabla de salvación del día a día. Nunca renunció del todo a un cambio inesperado, repentino, de su vida. Cada vez que zarpaban miraba al mar con emociones invertidas: con esperanza en el pasado y nostalgia por el futuro.

Vivir sin otro horizonte que el próximo informe o revista. Que la vida se deslice sin sobresaltos, cada día idéntico al siguiente y al anterior. Los proyectos enturbian el presente. Nuestro soldado, a fuerza de acorazarse, se estaba haciendo poeta.

De pronto un color o un ruido le distraía. Aquella vida mecánica resultó ser fascinante. Un mundo abigarrado de objetos emergía desprovisto de toda utilidad. Una tarde estaba sentado en un columpio, en un parque de El Cairo. Otro día se perdía en las callejuelas de Argel. La Mezquita roja brillaba al atardecer. Un cielo ingenuo flotaba sobre las casas de inverosímiles sombras malvas, aparentemente frías. Los pájaros volaban en círculos hacia el mar invisible.

De pronto dejó de tener proyectos. Al desprenderse del futuro se desprendía de su piel. Le tomó el gusto a las Bibliotecas de entradas ruinosas, jardines descuidados, personal soñoliento. Llevaba un libro en el bolsillo de su chaqueta de oficial, contra las ordenanzas. Dejó de esperar noticias, cartas, telegramas, llamadas de teléfono. Un repertorio

de sonidos, formas, colores, rugosidades, suplantó su visión convencional. Sin la piel el mundo, hasta entonces un escenario donde realizar nuestros planes, adquiriría una consistencia evanescente, insondable.

Los personajes de su vida estaban allí, pero él ya no conjuraba el dolor, la esperanza. Simplemente se dejaba vivir. Le devolvía a la vida las prerrogativas que, de todas formas, tiene y acaba reclamando. Simplemente se dejaba vivir, como el paisaje se deja mirar.

Sus compañeros y sus superiores veían aquello como una crisis personal o un carácter extravagante que había escapado hábilmente a los test psicotécnicos. No podían o no querían comprender que ellos eran iguales, flotando en sus emociones.

PERFIL BIOGRÁFICO DEL AUTOR

Carlos Almira Picazo nació el 31 de mayo de 1965 en Castellón de la Plana, España.

Doctor en Historia por la Universidad de Granada. Autor de una novela en papel: *Jesúá*, ed. Entrelíneas, Madrid, 2005; de un ensayo en papel: *¡Viva España! El nacionalismo fundacional del régimen de Franco (1939-43)*, Editorial Comares, Granada, 1997; de una novela en formato digital: *Todo es Noche*, Prometeus mdq, abril 2007; y de un centenar de cuentos y ensayos, publicados en revistas como Adamar, Axxon, Ed. Badosa, Destiempos, El Coloquio de los Perros, Cañasanta, Diezdedos, Remolinos, Magazine Siglo XXI, El Fantasma de la Glorieta, Revestidos, Tiempos Futuros, Quaderns Digitals, Literae Internacional, Ariadna, Las Voces de la Cometa, etcétera.

Participó en el Concurso de Novela Corta de 2008, de la Revista literaria Katharsis, obteniendo el primer premio.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

© Ediciones Katharsis 2012